

ESTUDIO

Este último éxito considerable de Bretón es ya una comedia de tesis, en la que se defiende a ultranza la institución del matrimonio. El planteamiento del autor es aquí muy serio¹: la ironía teatralizante, distanciadora, a la que se unía en su producción más personal el humor, ha sido sustituida por una severidad moralista desde la que se contempla con mirada agria una sociedad (singularizada, como quiere la "alta comedia", en las clases altas de la corte) inicua, en la que el dinero lo puede todo, la amistad se traiciona con cinismo y el matrimonio es atacado constantemente. La sociedad -propone Bretón, como tesis- debe y puede regenerarse robusteciendo el matrimonio como piedra angular.

Bretón presenta en esta comedia a la sociedad en tintes muy negros; aunque, si bien es cierto que hay una referencia crítica muy general, a todo el siglo XIX², la sociedad censurada es la de la

1. Incluso una mirada somera a la comedia, que sólo reparase en las acotaciones, ya haría notar esta seriedad de tono; en ellas se explicitan sentimientos como "amargura", "disgusto mal reprimido", o cólera, y algunas de sus manifestaciones son el "mal gesto", la "risa forzada" o "convulsiva". Por otro lado, el léxico de esta comedia también muestra de inmediato que estamos en otro ámbito del que era habitual en Bretón; palabras como "ultraje, escandaliza, injuria, infame, perfidia, vil ramera, necio, babosos, seducir, seductor protervo o buscona", no fueron, ciertamente, los propios de Bretón en su producción más genuina.

2. "General. Pero de todo se abusa en el siglo diecinueve. ¡Tiempos corrompidos; Micaela. Sí, por desgracia es muy cierto; cunde demasiado el mal." (III,4)

corte³, y, más específicamente, el mundo de la clase alta, en el que se mueven la aristocracia tradicional y la del dinero⁴, en una clara fricción⁵, separadas ambas, altivamente, de clases medias y plebe; Uno de los momentos más interesantes de esta comedia viene generado, precisamente, por la contraposición entre la aristocracia heredada (*Conde*) y la dignidad personal que uno tiene, al margen de títulos (*Emilia*, la condesa consorte)⁶.

Continúa Bretón en esta comedia con la contraposición que ya había planteado en *El pelo de la dehesa*, entre la capital (corte y gran ciudad, con sus usos sociales), lugar de vicio e injusticia, y el resto de España (otras ciudades y, sobre todo, la zona rural), tesoro de valores perdurables. En *La escuela del matrimonio*, es el personaje del *General*, un conservador patriótico y cerril, venido a la corte desde Sevilla, el que sirve de presencia y conciencia crítica en su choque con los modos y moral capitalinos⁷.

3. "General. ¡Qué Madrid!, ¡qué costumbres!, ¡qué maridos! (I,14); General. Pero, ya se ve, en la corte/ estamos, y aquí el consorte/ es un cero...(II,23); Micaela. Cierto es que en este Madrid/hay mil riesgos, mil escollos (III,4); General. Madrid me tiene en vilo [...] Luisa. No es tan perversa la corte." (III,5).

4. "Luisa. ¿Qué aristocracia/ es hoy día superior/ a la del dinero?" (II,8).

5. Precisamente, uno de los resortes de la comedia viene dado por el enfrentamiento entre el *Conde*, representante de la nobleza tradicional, y *Luciano*, el rico banquero; y se explicita de este modo: "Luciano. ¡Oh, qué triunfo para el cuerpo/ de negociantes! ¡Qué atroz/ desaire para esos godos/ que nos venden protección/ y menosprecian altivos/ las finanzas y el buró.." (II,8)

6. Este es el momento culminante del enfrentamiento: "Condesa. Pero ha de tener/ entendido el señor Conde,/ que porque en vano ceñudo/ humillar quiera mi frente,/ no añadirá ciertamente/ ningún cuartel a su escudo;/ que sin la alta cualidad/ que Su Excelencia heredó/ me basto a mí propia yo/ para tener dignidad,/ y para ser muy señora/ no esperé, mal que le pese,/ a que su mano me hiciese/ condesa ni senadora." /Conde. ¡Miren si tiene entereza!/ Confieso, aunque es de familia/ mercantil, que puede Emilia/ alternar con la nobleza." (II,6)

7. "General. Muchos se reirán de mí; pero huyendo de Castilla/ diré a la torpe cuadrilla/ que suele afrentarla así: / si cede a embates tan recios/ el hombre sencillo y probo;/ si han de dominar el globo/ tunos, coquetas y necios/ prefiero la soledad/ del valle, el monte y la selva./ ¡Adiós! No esperéis que vuelva./ ¡Dios salve a la sociedad!" (II,23).

El motivo central tomado como faceta representativa de la sociedad y principal objeto de censura es, como se apercibe desde el título, el matrimonio. De manera sostenida a lo largo de la comedia (hasta llegar a la reiteración) distintos personajes detallan una situación lamentable del matrimonio: los matrimonios felices son escasos, la infidelidad conyugal es práctica habitual, la inmoralidad, el egoísmo conspiran constantemente contra el “sagrado vínculo”⁸.

La doctrina matrimonial que sustenta esta comedia es de un conservadurismo riguroso y su portavoz es, por lo general, Luisa, casada feliz, asociada de Dios en la tarea de rehacer himeneos.

El matrimonio es entendido en su dimensión social, como institución básica para la estabilidad de la sociedad, y por encima de ello en su dimensión religiosa, como mandamiento de la ley de Dios, como sacramento inviolable. Es llamativa, a este respecto, la importancia dada a lo religioso en esta comedia, en la que se culpa al demonio de la situación nefasta del matrimonio (III,4), se encarece el rezo a la Virgen María (III,17), se invocan “máximas piadosas” (III,20), se remite a la Epístola a los Corintios de San Pablo

8. “*Luciano*. Cuando son tan escasos/ los matrimonios felices” (II,8); “*Luisa*. ¡Oh, Himeneo!/ ¡Qué mucho si envilecido/ te ves, cuando tantos votos/ necios, fatales, sacrílegos/ se pronuncian en tus aras?/ Venturosa yo, bendigo/ tus lazos; mas contagiada/ no estoy del vil egoísmo/ que corrompe y gasta y pierde/ la sociedad en que vivo.” (III,2); “*General*. Perdida, ¡oh cielos! anda/ por aldeas y ciudades/ la institución veneranda/ de que ambos somos cofrades./ Ni vale a un triste consorte/ que en nobleza y en caudal/ exceda y en gala y en porte/ al preferido rival./ Y si en el florido Mayo/ a tantos llega su vez./ ¿cómo librarse del rayo/ la desolada vejez?” (III,4); “*Micaela*. Si no obra Dios un portento/ en favor del Catecismo,/ al séptimo sacramento/ amenaza un cataclismo./ La corrupción inmoral/ triunfa; la virtud emigra.../ ¡Al arma, mi general!/ ¡El matrimonio peligr!” (III,4); “*Micaela*. Vista la guerra insolente/ y el osado merodeo/ de que es víctima inocente/ la coyunda de Himeneo;/ visto que gente baldía/ contra nosotros se asocia/ y como vil mercancía/ con nuestra mengua negocia;/ y, romano o visigodo,/ no hay fuero que la escarmiente./ porque siempre encuentra modo/ de cubrir el expediente;/ pues, rota del pudor la valla,/ el que es sabedor del fraude/ o alza los hombros y calla,/ o tal vez ríe y aplaude...” (III,5)

(III,26) y se invoca y agradece la intervención divina para enderezar los matrimonios desviados (III,3 y III, 27, respectivamente).

Planteado sobre estas bases el matrimonio, el respetarlo es cuestión de honor⁹, y se exige esta cualidad moral que impulsa a acatarlo como un deber, una obligación religiosa y social, que no se discute ni siquiera desde los sentimientos (amor, desengaño, traición...) ¹⁰.

Es llamativa la forma en que en esta comedia se predica el respeto al honor matrimonial ante todo (casi, casi de manera exclusiva) a la mujer. Su situación de dependencia respecto al hombre es clara¹¹, y, a partir de ella, aparece como la depositaria de don tan precioso y a ella toca el preservarlo, aun en las condiciones más adversas (engaño del marido, desamor, amor por otro...). El rigor exigido al respeto del sacramento es, en fin, extremo; como plantea Luisa al final de la comedia (recogiendo y subrayando lo que se ha diseminado por toda ella) no puede haber ni excusa para el error (“antes que te cases, mira lo que haces”) ni argumento bastante para desatar el vínculo: si falla el matrimonio lo que se debe hacer es “llevarlo por Dios”.

Para sustentar estos planteamientos y dar con ellos lecciones de doctrina matrimonial, Bretón ha dispuesto una trama con tres

9. *Condesa*. Sí; cumplo/ lo que el honor y el deber/ me ordenan; mas te aseguro/ que todo el favor del cielo/ necesito...”(II4)

10. “Santo deber nos separa”, dice *Eusebio*, enamorado todavía de *Carlota*, que todavía lo ama, y que, no obstante, le endereza de inmediato este trozo de doctrina: “Respetar es mi deber/ sea cual fuere mi suerte,/ al que mi dueño ha de ser/ hasta su muerte o mi muerte./ A mi fe un día empeñada/ en quien tan mal la guardó, / ni por nadie ni por nada/ hubiera faltado yo;/ y la que nunca traidora/ a un amante hubiera sido/ más obligada está ahora/ a ser fiel a su marido;/ que antes disculpa y remedio/ hallara mi inconsecuencia,/ y ahora están de por medio/ Dios, mi honor y mi conciencia.” (III,23)

11. Bretón la presenta sin ambages en cuatro parlamentos: “*Luisa*. ...y ten presente/ que sujetas al influjo/ del hombre, para nosotras/ hizo la ley del embudo.” (II,5); “*Conde*. En los hombres es derecho/ lo que es gracia en las mujeres.” (II,6); “*Carlota*. Mi esposo lo manda,/ y mi deber es la obediencia.”(I,15); “*Luisa*. La mujer que al hombre humilla/ lo paga temprano o tarde.” (III,26)

matrimonios en crisis (el Conde y la Condesa, el General y Carlota y Micaela y Eusebio); los problemas entre los cónyuges son de distinta índole: el primero, por desvío e infidelidad del marido; los otros dos por diferencia de edad y por el carácter de los viejos -suspica y celoso el General, literata y fatua Micaela-, y por una intriga cruzada -amor anterior de Eusebio y Carlota-. Los matrimonios serán reconciliados por la intervención de Luisa, imbuida de conveniencia religiosa y social.

Los personajes puestos en juego en esta comedia son tipos, hechos de una pieza, con poquísimos rasgos constitutivos y sin modificación a lo largo de la obra. El eje de esta comedia lo constituye el personaje de *Luisa*, que viene a ser la prolongación del autor en la obra. Bretón la construye con los rasgos de la heroína: mujer bella, casada y feliz en su matrimonio¹² y la convierte (como quedó dicho) en el portavoz de la rigurosa doctrina matrimonial que trata de inculcar la obra, tarea que lleva a cabo mientras se aplica a reparar himeneos¹³, para lo que se constituye en una especie de *factotum* dentro de la obra, que intriga, trama, lleva y trae a los personajes para conseguir sus fines¹⁴.

No obstante la intención de Bretón, cabe la duda de si esta mujer no suscitará el rechazo del público; me inclino a pensarlo (midien-

12. "*Luisa*. Venturosa yo, bendigo/ tus lazos; mas contagiada/ no estoy del vil egoísmo/ que corrompe y gasta y pierde/ la sociedad en que vivo." (III,2)

13. "*Luisa*. Trabajaré con ahínco/ para restituir la paz/ y la dicha que ha perdido/ a ese infeliz matrimonio;/ y aun a otro... Hoy me dedico/ a obras de beneficencia conyugal." (III,1); "*Luisa*. Harto premio a mis afanes/ es el gozo que rebosa/ este corazón al ver/ que al redil perdido tornan/ dos ovejas descarriadas,/ y el himno de la victoria/ canta orgulloso una vez,/ si tantas suspira y llora/ la perseguida hermandad/ de que soy humilde socia." (III,20)

14. "*Luisa*. Vela por ti mi cariño/desde ayer, y a Su Excelencia/ preparo un golpe imprevisto/ que a ti te vengue, y acaso/ lo corrija a él." (III,1); "*Luisa*. Cuatro los consortes son/ que aquí enzarzados reúno,/ y todos tienen razón.../ y no la tiene ninguno./ Y aunque imposible parezca,/ ¡tal las pasiones se agitan!/ que la paz se restablezca/ de que todos necesitan,/ yo haré quizá este prodigio/ si maridos y mujeres/ para fallar su litigio,/ me confían sus poderes." (III,25)

do el riesgo del anacronismo y tratando de distanciar mi propia ideología de la manifiesta en la obra), porque es personaje que tiene rasgos que difícilmente pueden considerarse como atractivos: por motivos de la trama, si se quiere (para que se nos relate una historia que nos ponga en antecedentes), no tiene reparo en hurgar en la tristeza de Eusebio, después de saber que vive “mártir” de su esposa; es, además, inclemente: los apelativos que endereza a todo aquel que entorpece cualquier matrimonio (el Barón, D. Federico) no tienen el menor asomo de humanidad; cuanto dice de sí, deja el regusto de excesiva autoestima¹⁵; es más que dudoso, por otro lado, su proceder en alguna intriga, en la que anima la inmoralidad para salvar el matrimonio (primero echa a Luciano en brazos de Lucinda, la “belleza de moda”, “buscona” y “vil ramera”, y luego corrompe a un criado para que le dé una carta del Conde), por más que luego quiera justificar los medios por los fines¹⁶. Su inflexibilidad en la defensa del vínculo matrimonial (que ha de pasar por encima de la evidencia del amor o del desamor) creo que terminan por hacerla un personaje muy sujeto a la división de opiniones.

Algo parecido debe ocurrir con el *General*. Bretón lo ha construido buscando que sea personaje positivo para el público (ya que ha de ser sustentador de buena parte de la ejemplaridad de la doctrina en materia de matrimonio), y a tal fin lo ha dotado de dos tipos de rasgos que, en principio parecen de distinta índole (y que, muy posiblemente, lo sean). Por un lado, es “celoso” y “suspica” (I,3), “caviloso” (I,15), tiene “genio arisco, indócil, áspero como un erizo”; su actuación es la de caballo en cacharrería: siempre

15. “Luisa. Venturosa yo, bendigo/ tus lazos; mas contagiada/ no estoy del vil egoísmo/ que corrompe y gasta y pierde/ la sociedad en que vivo.” (III,2); “Luisa. ...y saldrá usted del apuro/ a puerto franco y seguro/ con su ayuda [la de la Virgen] y con la mía.” (III,17)

16. “Luisa. He aquí una intriga..., una especie/ de seducción... Lo conozco;/ pero mi intención es buena./ No es menor de edad, ni esposo,/ ni padre; el oro le abruma;/ y pues de cualquiera modo/ lo ha de derrochar, veamos/ si ese galante episodio/ tiene al menos la virtud/ de salvar un matrimonio.” (II,9); “Luisa. Como otros para hacer mal/ yo intrigo para hacer bien.” (III,17)

previando peligros para su honra en su mujer, encolerizado, amenazante, gritador...; elementos, en suma, bastantes como para ser un perfecto imbécil. Pero junto a estos rasgos, se suman otros positivos (el no deber nada de su carrera y laureles al favor -III,3), o que se quieren positivos (como el mismo de ser militar, la franqueza áspera con que justifica sus extremados celos, haciéndolos nacer de la “inmensa ternura” con que quiere a su mujer -II,23); la suma se orienta en dirección a la aceptación por el público mediante el recurso de mostrarlo generoso (III,25) o de que otros personajes alaben su “noble corazón” (III,1) o se admiren de su proceder, hurraño por demás (II,23). Con esta composición se obtiene un personaje que sirve a los fines doctrinales de la comedia, desde la extremosidad de su postura, expuesta como “filosofía del turco”¹⁷.

A mi entender, no obstante, el personaje más interesante es el de Emilia, la Condesa, y no porque sea el mejor construido (ya que Bretón no le ha dedicado esfuerzo, quizá porque no era personaje principal capaz de vehicular doctrina matrimonial), sino porque es el único que realmente tiene algo de carácter dramático: no es un tipo, sino que pone en juego varios sentimientos (despecho, sorpresa, dolor, orgullo y dignidad) y, además, apunta la posibilidad de modificación (dentro de su verosimilitud interna, está a pique de entregarse al seductor por vengarse de su marido). El enfrentamiento entre ambos cónyuges en la escena sexta del segundo acto es el momento de mejor teatro en toda la obra: en él hay tensión y dureza, manifestada con muy buenas réplicas en la que aparecen la ironía, el dolor, el despecho, la altivez y la dignidad de persona enfrentada al orgullo de clase del noble; y no cabe duda de que ello se puede dar en esta escena debido a que en ella está el personaje de Emilia.

17. “*General*. Mi filosofía es la del turco;/ que la mujer es frágil criatura,/ y si aun para la púdica y sencilla/ la vigilancia de Argos fuera poca/ ¿quién confía, ¡gran Dios! en una loca!” (I,14)

El resto de personajes son los necesarios para la trama y no tienen mayor atractivo. El *Conde* es el polo opuesto al *General*, excesivamente permisivo en su matrimonio, desdén a su mujer y le es infiel con la “belleza de moda”; además de conde es senador y se muestra altivo por ello. *Federico* es, en definición de Luisa, el “lisonjero astuto, envidioso del matrimonio” (II,4), seductor protervo/ que con máscara de amigo/ proyecta tu [la de Emilia] perdición” (III,1) y “libertino que fragua tu deshonor” (III,); conspira un poquito para ganarse a Emilia, pero no deja de aparecer como personaje endeble, que en ningún momento transmite la verdadera tensión del tentador. *Carlota* es, en palabras del *General*, su marido, “un ángel del Paraíso” (III,25), toda “virtud” y “discreción”, en opinión de Luisa (II,12); es personaje de una pieza, sojuzgado por las necesidades de la trama (y de la tesis de la comedia): las posibilidades de complejidad a que hubiera podido dar lugar su antiguo amor por Eusebio se cortan de raíz por su más que devota aceptación de la obligación matrimonial, a pesar de los pesares. Lo mismo puede decirse de *Eusebio* o de *Micaela*; aquél pasa como una sombra (que quizá mire al tipo sentimental del romanticismo) y esta es un personaje ridículo de la literata prosecta. Más ridículo todavía es el personaje del Barón (“fatuo, trasto inútil, baboso, títere, fantasmón, mequetrefe, mantecato, necio, ridículo personaje, muñeco de feria”) que aparece sin ninguna consistencia en la comedia, sin otro fin que el de liar la trama. *Luciano* es otro representante característico de la “alta comedia”, el del banquero rico; su divisa es “todo se cotiza” (incluyendo, por supuesto, a las mujeres¹⁸; Luisa (a quien intenta seducir –con poco afán, la verdad sea dicha) lo considera “obtuso” y “plomo”, y su nula consistencia lo hace hábil para cambiar de objeto amoroso, y enredarse con Lucinda, permitiendo así que el Conde vuelva al redil. Hay en esta comedia dos personajes nombrados y que, aunque no aparecen, tienen una interesante funcionalidad; me refiero a D. Miguel y a

18. De él dice Luisa: “Porque a la bolsa y al agio/ debió lo que a tantos falta,/ no hay para él virtud tan alta/ que se libre del naufragio.” (II,8)

Lucinda; el marido de Luisa, que debe ser el consorte perfecto para tan perfecta casada (es un “gran estadista” -I,1-, y de él dice Emilia que es “dulce, fiel, tierno, indulgente” -II,4); Lucinda es la “hermosura de moda” (II,7), y es descrita por el Conde, su amante, y Luciano, quien lo desbanca, como “linda y hechicera, mujer con enorme gracia, encanto, talento, porte, travesura, brío y señorío”, rasgos necesarios (así como, muy posiblemente, el de ser hispanoamericana, “limeña”) para convertirse en la tentación pecaminosa, ruina del matrimonio de los condes: es, a juicio de la condesa, una “infame aventurera” (III,1) y para Luisa, una “buscona”, una “mujercilla” (III,17), aunque la calificación más cruda la da un interesado Federico (que quiere afejar la conducta inmoral del conde ante Emilia), al juzgarla “vil ramera” (I,8).

Lo acertado de *La escuela del matrimonio*, a mi entender, no va más allá de lo que anticipé en relación al personaje de Emilia y a la escena sexta del segundo acto en la que participa frente a su marido; el resto aceptable (sin entrar en la valoración de la ideología que transmite) es, mera artesanía teatral. Los aspectos desacertados, por el contrario, son bastante numerosos.

Acabo de hacer notar la falta de profundidad de los personajes y el hecho de que los dos principales muy posiblemente se le vuelvan en contra al autor para sus designios, así como la utilización de dos personajes comodín (por completo al servicio del autor para desarrollar la trama), como son Luciano y el Barón. También me he referido a la simplificación ridícula que efectúa Luisa sobre el personaje del hombre de negocios, al que juzga incapaz de amar¹⁹; además, el propio resorte de este personaje (que se ve impelido a gastar dinero, algo así como para no estallar²⁰ es inverosímil y descabellado.

19. *Luisa*. Ni los hombres de negocios/ conviene que al ciego Dios/ se esclavicen, porque es ya/ mucho negocio el amor.” (II,8)

20. “Yo necesito una válvula/ que desatasque veloz/ la plétora de dinero/ con que atosigado estoy.” (II,8)

De las tramas, dos (el galanteo de Luciano a Luisa y el del Barón a Emilia y después a Carlota) son endeble en exceso, lo que viene a sumarse a que las relaciones principales están demasiado encorsetadas por la finalidad adoctrinante.

En la disposición de las situaciones hay violencia en ocasiones, para dar lugar a una explicación, un enfrentamiento, un fragmento de doctrina²¹. Como en tantas otras comedias de Bretón, también en esta recursos pobres, como los equívocos y *quid pro quo* (aquí el más notable es el de la confusión del Barón sobre el estado del General), se constituyen en resortes importantes de la intriga. No es muy de recibo, tampoco, el que la intriga se desvíe de manera teatral (superficial e inverosímil) cambiando la seducción de Luciano por Luisa en seducción por Lucinda, ni que, anudada la comedia, y cuando todo venía dispuesto para un tratamiento serio, ésta se decante por el enredo y lo ridículo-grotesco (el Barón haciendo necesidades), en vez de por el robustecimiento de las situaciones, la indagación o problematización matizada de algún personaje. Monólogos y apartes se usan con profusión para hacer saber al espectador el interior de los personajes, para impartir lo más sustancial de la doctrina, para fustigar las malas costumbres, hasta para explicar un recurso (bastardo, por cierto) como el de dejar el brazalete Eusebio para que su ex-amada no se colapse si lo ve a él en persona de forma súbita. El desenlace de la comedia, en fin, es un rendido homenaje a la preestructuración en la que todo debe concordar para que la doctrina impartida en esta *Escuela* quede enaltecida: todo se aplaca, caiga lo que caiga, sin que salga del interior de unos personajes (que, por otro lado, no lo tienen); confesiones, arrepentimientos, castigo al malvado, sesgo en las situaciones (en las que se desvía el verdadero problema)... todo es

21. Sirva como ejemplo la escena II,7 donde Luisa, después de rechazar de plano las pretensiones de Luciano, y sin que él desee ningún otro tipo de sermón, no tiene inconveniente en dar otra vuelta de tuerca y, tras afirmar "Aunque no me lo agradezca/ quiero entrar en discusión.", "endilgarle una lección sobre cuál ha de ser el comportamiento de dama casada de pro" (que, por supuesto, es el suyo).

válido para que triunfe el matrimonio y se produzca la apoteosis (en que la refacedora de himeneos no olvida brindar su éxito a Dios, para que el conjunto sea completo). La comedia, para mayor contentamiento, se remata con la noticia de la llegada de D. Miguel, el prodigio de marido de Luisa.

Cuando se observa esta obra en perspectiva de la producción bretoniana no se puede por menos de notar el parentesco que la une a algunas de las anteriores. El personaje del Barón tiene rasgos que lo aproximan al D. Agapito de la *Marcela*; el D. Federico -salvadas las distancias de tono-, al D. Matías de *Muérete*; D^a Micaela, a D. Amadeo de la *Marcela*; un parlamento de Luisa es similar a otro de Marcela (que no pueda una ser amable/ sin que la persigan necios vs. *Escuela* I,8); la referencia a la aristocracia del dinero hace coincidir a *El pelo de la dehesa* y esta comedia; lo mismo que la crítica a la sociedad de la corte; el recurso al tribunal, presidido por una mujer, ya se daba en *Marcela*. El tipo de estructuración, la utilización de los equívocos, la importancia de los monólogos y apartes, la condensación de acontecimientos, siguen dándonos el tipo característico de teatro bretoniano. Lo que ha cambiado en esta comedia es el tono y la función. Aquí el tono suave, la benevolencia con que se satirizaban los defectos, el humor con que se disolvían las situaciones más peliagudas, se han trocado en severidad y amargura. Aquellas comedias que estaban compuestas buscando, ante todo, el “efecto teatral”, la diversión, el pasatiempo agradable del público, han dado paso al adoctrinamiento, a la profesión de tesis religiosa-social.

Nos tememos que lo más característico del teatro de Bretón -y lo mejor de su aportación- quedó en aquellas comedias y no en esta.

TEXTO

LA ESCUELA DEL MATRIMONIO
COMEDIA EN TRES ACTOS²²

Estrenada en Madrid (teatro del Drama)
el día 14 de enero de 1852.

PERSONAJES

LUISA	D. EUSEBIO
LA CONDESA	EL CONDE
MICAELA	EL BARÓN
CARLOTA	D. LUCIANO
EL GENERAL	D. FEDERICO

MARTÍN

DAMAS. CABALLEROS. CRIADOS

La escena es en Madrid.

22. El texto que reproducimos de esta comedia es el editado por Bretón en su edición de 1883: tomo IV, pp. 213-255. Para las modificaciones hechas en el texto original y sistema e índole de las notas, vid. supra la *Advertencia previa* al texto de *Marcela*.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Luisa. La puerta principal, a la derecha del actor: otra en el foro: un balcón en los bastidores de la izquierda.

ESCENA I.

LUISA. D. LUCIANO

Luciano. Celebro con vida y alma,
bella, interesante Luisa,
que me proporcione usted
ocasiones de servirla...

Luisa. [Sentándose.]
Gracias, señor don Luciano.
Acerque usted una silla...

Luciano. [Sentándose.]
Aplaudo la confianza
y estimo la cortesía.

Luisa. No hay nada aquí que estimar.
Yo no acostumbro...

Luciano. ¡Ay amiga!
Hoy...

Luisa. A negar un asiento
a los que me hacen visita...

Luciano. ¡Oh! pero...

Luisa. Y menos a usted
que es mi banquero...

Luciano. Y sería
de buena gana...

Luisa. ¡Qué flujo
de interrumpirme!

- Luciano.* (¡Qué linda!)
- Luisa.* [Con seriedad.]
Vamos, ¿qué sería usted?
- Luciano.* Nada, porque es tontería...
(Me corta cuando se pone tan seria.) Mas ¿quién no envidia la suerte de don Miguel...?
- Luisa.* ¿Y por qué a la propia dicha no aspira usted?
- Luciano.* ¿Que no aspiro?
¿En qué pienso noche y día sino en...? Pero usted...
- Luisa.* [Seria.] ¿Eh?
- Luciano.* Nada.
- Luisa.* (Lo tomaremos a risa.)
Ya; usted se propone entrar en el gremio...
- Luciano.* ¿Eh? (¡Dios me asista!)
- Luisa.* Y a fuer de amiga sincera querrá usted que yo le elija la novia.
- Luciano.* Perdone usted:
no quiero tal.
- Luisa.* Pues creía...
- Luciano.* No hay dos Luisas en el mundo.
- Luisa.* ¡Jesús! Como la polilla abundan. ¡Si tengo yo más tocayas...
- Luciano.* Infinitas;
pero, aunque hayan recibido el mismo nombre en la pila, no tienen esos ojuelos...
- Luisa.* Claro está.
- Luciano.* Que el alma hechizan,
ni esa gracia...

- Luisa.* Hoy está usted
muy galante.
- Luciano.* Yo...
- Luisa.* ¡Un bolsista!
Es singular.
- Luciano.* Pues acaso
¿hay alguna antipatía
entre la bolsa y el alma?
- Luisa.* No; que antes se identifican
tanto en algunas personas,
que son una cosa misma.
- Luciano.* (¿Será pulla?)
- Luisa.* Mas no el alma,
el labio es sólo quien dicta
tan cortesanas lisonjas.
- Luciano.* No son lisonjas las mías.
- Luisa.* Pues lo siento, don Luciano,
porque a llamarlas me obliga
usted...
- Luciano.* ¿Agravios tal vez?
- Luisa.* [Sonriéndose.]
No. Impertinencias ridículas.
- Luciano.* ¡Ah señora! Yo... Mi... Cuando...
- Luisa.* Basta ya de niñerías.
Necesito...
- Luciano.* ¡Ah! Pida usted
cuanto quiera; mande, exija...
Sea yo para algo bueno
un Creso, un Fúcar, un Midas²³...

23. **Creso, Fúcar, Midas.** Personajes famosos y emblemáticos por su riqueza. Creso fue el último rey de Lidia y subió al trono en el 559 antes de Cristo, siendo bajado de él por Ciro, rey de Persia. Fúcar remite al apellido de la famosa familia de banqueros alemanes. Midas es el rey de Frigia, al que los dioses, importunados por su avaricia, concedieron el don de convertir en oro todo lo que tocara, por lo que terminó muriendo de consunción.

Luisa. Gracias. Hay dinero en casa.
Sólo quiero una letrita
de cien duros...

Luciano. ¡Friolera!

A diez veces esa cifra
sube la cuenta corriente
de ustedes; pero vacías
dejaría yo mis arcas...

Luisa. Gracias. Ni eso pediría
a no tener precisión
de remitir a Algeciras
la letra. Quiero enviar
ese socorro a una prima
de mi marido que se halla
necesitada.

Luciano. ¡Oh benigna,
generosa criatura...

Luisa. ¡Eh! ¿qué vale eso? Él haría
otro tanto en mi lugar.-
Su nombre es doña Casilda
Suárez.- Apúntelo usted.

Luciano. [*Sacando su cartera y escribiendo en ella.*]
Está muy bien.

Luisa. A la vista.

Luciano. ¿Valor en cuenta...?

Luisa. Valor
recibido de la misma.

Luciano. ¡Rasgo sublime...!

Luisa. ¡Eh! lo ahorro
de perfumes y de cintas.

Luciano. Y mi señor don Miguel
¿qué hace? ¿Tiene usted noticias...?

Luisa. Sigue bueno.

Luciano. ¿Cuándo vuelve
de París?

- Luisa.* No hay cosa fija...
Luego que haya concluido
la comisión que le fía
el Gobierno.
- Luciano.* Es todo un hombre
mi amigo; gran estadista...
Estará impaciente ya
por regresar a esta villa
heroica
- Luisa.* Así lo supongo.
- Luciano.* Es natural que le aflija
la ausencia de tan perfecta
consorte.
- Luisa.* Yo... (Me fastidia.)
- Luciano.* Apuesto cualquiera cosa
a que ahora se cambiaría
por mí.
- Luisa.* (Ni ahora ni nunca.)
- [*Levantándose, y también D. Luciano.*]
- Ruego a usted que me permita...
Tengo huéspedes en casa...
- Luciano.* ¿Vino ya de Andalucía
el General...?
- Luisa.* Sí señor.
- Luciano.* ¿Con su mujer?
- Luisa.* Sí.
- Luciano.* Una niña,
según me han dicho.
- Luisa.* En efecto.
- Luciano.* ¡Y él machucho...! ¡Hum...! ¿Es bonita?
- Luisa.* ¡Oh! mucho.
- Luciano.* Vendré a ofrecerles
mis respetos y mi fina
atención..., basta que sea
amigo de la familia...

Luisa. Ciertamente.- Pero ahora
la letra...

Luciano. No se me olvida
Daré el encargo ahora mismo
a un corredor.

Luisa. Bien.

Luciano. (¡Monísima!)
Adiós. (Volveré a la carga.)

Luisa. Abur.

Luciano. [Yéndose.] (Todo se cotiza...
Soy el hombre de Madrid
si hago tan buena conquista.)

ESCENA II.
LUISA.

No hay duda: me hace la corte,
y si da en ser tan moscón
me pondrá en la precisión
de expedirle un pasaporte.
Porque a la bolsa y al agio²⁴
debió lo que a tantos falta,
no hay para él virtud tan alta
que se libre del naufragio.
Su oro...

Micaela. [Dentro.] Sin recado previo
entraremos...

Luisa. ¿Quién...?

Micaela. [Dentro.] Me trata
*sans façon*²⁵.

24. *Agio*. (del italiano *aggio*) 'Especulación sobre el alza y baja de los fondos públicos'. Bretón emplea esta palabra también en *Me voy de Madrid* y en *Cuando de cincuenta pases*. También se documenta en *León Roch*, de Galdós

25. *Sans façon*. 'Sin cumplidos', 'sin compostura', 'despreocupadamente'. Es frase hecha muy documentada en la época (Clarín, Mesonero, A. Flores...).

Luisa. ¡La literata
con su mártir don Eusebio!

ESCENA III.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO.

Micaela. [*Besando a Luisa.*]
¡Mi cara amiga!

Eusebio. Señora...

Luisa. ¡Micaela! Caballero...
sientéense ustedes.

Micaela. Reitero.
[*Vuelve a besarla.*]

Luisa. (Tanto besar me encocora²⁶.)
[*Se sientan.*]

Micaela. Esta noche, ya se entiende,
irá usted al baile...

Luisa. Sí.

Micaela. De la Condesa, y allí
nos hemos de ver. Por ende,
no es hoy a la amable Luisa
a quien con mi dulce amor...

Eusebio. (¡Ay!)

Micaela. Vengo a ver.- ¿El señor
General...?

Luisa. No está. Fue a misa.

Micaela. ¿Y su señora?

Luisa. También.

Micaela. Es amigo antiguo.

Luisa. ¿Sí?

Bretón la utiliza también en *El pelo de la dehesa*, *Una noche en Burgos*, *Un enemigo oculto* y *El abogado de pobres*.

26. **Encocorar**. 'Fastidia, molesta con exceso' (DRAE). Bretón también emplea esta palabra en *Por no decir la verdad* y *Marcela*.

- Micaela.* Teniente le conocí.
Eusebio. (¡Gran Dios!)
Micaela. Estando en Jaén. -
Dicen que es verde renuevo
la que al yugo le sujeta.
Luisa. Bien podría ser su nieta.
Micaela. Sí; el General ya es longevo.
No obstante, si simultáneos
los genios se lisonjean,
poco importa que no sean
los cónyuges coetáneos.
Eusebio. (¡Ah!)
Micaela. Puede haber cualidades
en quien sus aras inciense
con que Himeneo²⁷ compense
la diferencia de edades.
Eusebio. (¡Oh!)
Micaela. Dígalo este mancebo.
Me ama con idolatría,
y, aunque nadie lo diría,
una década le llevo.
Luisa. (¡Como dos!) Niña es Carlota,
mas gemía en la orfandad,
y hoy ensalza su humildad
el esposo que la dota.
Micaela. Cierto.
Luisa. Aunque hoy no tiene mando,
es teniente general...
Micaela. Ya sé...
Luisa. Y senador...
Micaela. Sí tal.
Luisa. Y gran cruz de San Fernando.

27. **Himeneo.** Divinidad nupcial. Hijo de Afrodita y de Dionisio.

Micaela. Bravo milite y antiguo,
no es, en verdad, un portento
que...; mas si falta el talento...

Luisa. ¡Cómo!

Micaela. El suyo es harto exiguo.

Luisa. Sin quererle yo ensalzar,
de su fama se colige
que no le falta el que exige
la carrera militar.
Y nada debe al favor;
que todo se lo ha ganado
con su sangre y grado a grado
en el campo del honor.

Micaela. En las escuelas de Marte
no disputo su pericia;
mas la conyugal milicia
tiene su táctica aparte;
y en ella quizá es un necio
quien pudiera dar lecciones
a Aníbal y Escipiones
y a Polibio²⁸ y a Vegecio²⁹.
No en todos el don abunda
de perpetuar los amores
cubriendo de gayas flores
de Himeneo la coyunda.
¡He aquí el esposo feliz
que darme a los cielos plugo!

Eusebio. (¡Ay!)

28. **Polibio.** Se refiere al historiador y estadista griego, que vivió hacia 210-120 a.de C, y que en Roma escribió una Historia universal.

29. **Vegecio.** Flavio Vegecio Renato, autor latino tardío de los cuatro volúmenes de la *Epítoma rey militaris*, obra que pretende regenerar el presente mediante la ejemplaridad del pasado.

- Micaela.* ¿Por ventura, mi yugo
es molesto a su cerviz?—
¡Que lo diga!
- Eusebio.* No.
- Luisa.* (¡Pobre hombre!)
- Micaela.* Dulce y tierna simpatía
nos enlazó...
- Eusebio.* (Suerte impía.)
- Micaela.* Para que Madrid se asombre.
Recíproco amor asiduo
nos identifica.
- Eusebio.* (¡Ay Dios!)
- Micaela.* Diríase que los dos
somos un solo individuo.
Su llama es algo pasiva...
- Luisa.* Ya.
- Micaela.* Y su culto reverente.
¿Por qué? Porque el ascendiente
de mi genio le cautiva.
- Luisa.* Sin duda...
- Micaela.* Pero eso basta,
pues para mí le secuestro.
- Eusebio.* (¡Oh!)
- Micaela.* Yo impulsada del estro³⁰,
segunda Safo entusiasta,
sobre la trípode monto
y en su loor articulo
versos dignos de Tibulo
y del que gimió en el Ponto.
Ya un soneto le consagro
donde firme como un muro
mi fidelidad le juro...

30. **Estro.** 'Inspiración ardiente'.

Luisa. ¿Sí? (¡Mire usted qué milagro!)

Micaela. O ya en voluptuoso idilio
muestro que no me rehúsa
su blando influjo la musa
de Teócrito y Virgilio.
No así el veterano yerto
con mimos y poesías
embellecerá los días
de Carlota.

Luisa. No por cierto.

Es celoso y suspicaz.

Micaela. Compadezco su locura.
¿Y ella...?

Luisa. Es la suma dulzura.

Micaela. Poco durará la paz.

[A D. Eusebio.]

No temas, dulce embeleso,
de mí pasión tan bastarda.-
Pero, una vez que retarda
el General su regreso,

[Se levanta y saca un librito de memorias.]

voy a acabar el idilio
que esta mañana empecé.

[A Luisa.]

si me lo permite usted
y Apolo me da su auxilio.

Luisa. Dueña es usted...

Micaela. Gracias.-Sí,

te dejo a solas con ella
siendo tan joven y bella.

¡Tanto fío en ti!

Luisa. [Sonriéndose.] Y en mí.

[Vase Micaela por el foro.]

ESCENA IV.
LUISA. D. EUSEBIO.

Eusebio. (¡Respiro!)

Luisa. (Es extravagante si las hay.) ¡Dichoso usted, don Eusebio!

Eusebio. [*Con amargura.*]
¡Ah! sí, señora.

Luisa. Doy a usted mi parabién.

Eusebio. Muchas gracias.

Luisa. Micaela es una Porcia, una...

Eusebio. ¡Pues!

Luisa. Vivirá usted en la gloria con ella.

Eusebio. Sí; ya se ve.

Luisa. Tierna, apacible, erudita...

Eusebio. ¡Oh! Sí, sí; ¡es mucha mujer la mía!

Luisa. Y de noble cuna.

Eusebio. ¡Oh!

Luisa. Y muy rica.

Eusebio. ¡Digo! Miel sobre hojuelas. Tal me embriaga el exceso de placer, que el día menos pensado me echo al gañote un cordel.

Luisa. ¿Qué dice usted!

Eusebio. ¡Ay señora!
Callo y sufro. ¿Qué he de hacer? Mas sería yo el modelo de la humana estupidez si a solas no maldijese la hora en que me casé.

¿Qué me importan sus riquezas,
sin no han de endulzar la hiel
de mi despecho? ¿Qué importan
los quilates de su fe,
si yo no puedo olvidar
la de su bautismo? ¿Y quién
de su amor empalagoso
resiste la pesadez,
y ese aire celestial
benevolencia cruel
con que me humilla y me pudre,
y el pedantesco almacén
de los tropos y figuras
que ensarta de diez en diez,
y sus idilios, en fin,
que maldiga Dios, amén?

Luisa. ¿Será posible?... Pues ella
me ha dicho más de una vez
que usted la solicitó...

Eusebio. Cierto; pero aquello fue
un vértigo, una locura...
Mal he dicho: una sandez...
Sólo a usted confiaría,
Luisa amable, sólo a usted,
que es un ángel...

Luisa. Nada de eso.
Amiga sincera y fiel...
Siga usted.

Eusebio. Yo amaba a otra
casi desde la niñez;
a una joven cuyo mérito
no debo aquí encarecer;
baste decir que conformes
nuestras almas, y también
las circunstancias de entrambos,

lazo hubiera sido aquel
el más feliz... ¡Oh memorias!
Enemigo de mi bien,
con falaces apariencias
me fascinó Lucifer.-
Era en Sevilla. Una noche
yo vi... -¿por qué no cegué
primero! - a un hombre embozado,
que apenas pone los pies
misterioso en los umbrales
de la hermosa que adoré,
la puerta, a mi amor cerrada,
franca se abrió para él;
y en sus brazos le recibe
con el más dulce interés;
y tras de él la puerta amiga
veo cerrarse otra vez.-
Vista su aparente infamia,
quédese para quien es,
dije, y sin verla ni oírla
me encaramo al cabriolé³¹
de la primer diligencia
que hace rumbo a este belén
de Madrid, donde el consuelo
de que había menester
busco afanoso en teatros,
fondas, billares, cafés,
bailes... En uno de máscaras
donde, por señas, gasté
mi último maravedí,
hube yo de parecer
aceptable a un dominó³²

31. **Cabriolé.** Silla volante en la diligencia.

32. **Dominó.** 'Traje talar con capucha, que ya sólo tiene uso en las funciones de máscara.' (*DRAE* 3)

de terciopelo de Utrech.-
Era Micaela.- ¡Ay cielos!
Con su labia y su oropel,
y su erótica dulzura
dio con mi juicio al través.
Yo le dije mil ternezas,
y tanto me aluciné,
que aunque desató a mis ruegos,
depuesto el tibio desdén,
la careta, ¡ay! todavía
me pareció una mujer.
¡Vaya por Dios!

Luisa.

Eusebio.

Sí, ¡y hermosa!

El calor, la languidez
de su mirar voluptuoso
le daban un no sé qué...
Mi amor propio por un lado,
por el otro algún pincel
con que de su rostro había
revocado la pared...
En fin, pecador relapso³³,
en la culpa me obstiné.

Luisa.

Pero...

Eusebio.

Es de advertir que yo
había cenado bien...

Luisa.

¡Ah! ya...

Eusebio.

Y llevaba en el cuerpo
cinco copas de Jerez.-
Y como yo era cesante
y ella rica; y ya solté
la palabra; y ella instaba...,
¡maldecida de cocer!,

33. **Relapso.** 'Que reincide en un pecado del que ya había hecho penitencia'.
(DRAE)

y así creía triunfar,
¡ay necio! de aquella infiel,
cedí al influjo siniestro
de mi estrella, ¡y me casé!
¡Fatal boda!

Luisa.

Eusebio.

Pues aún falta,
señora mía, el postrer
capítulo y el más triste
de mi historia.

Luisa.

¿Sí?

Eusebio.

A los tres
días de mi atroz suicidio
supe que inocente fue
mi amada, y que era un hermano
suyo el que halló en su dintel
tan amorosa acogida.-
No la escribí. ¿Para qué?
Mi yerro...¿Qué digo yerro?
Mi culpa..., mi crimen es
irreparable, ¡y lo estoy
purgando como usted ve!

Luisa.

¿Y qué se hizo aquella joven...?

Eusebio.

Nada he sabido después.

Luisa.

¡Tanto mejor! Es forzoso
olvidarla.

Eusebio.

¡Ay! No podré
¿Cómo no he de recordarla
al comparar el Argel
en que peno hace ya un año
con el inefable edén
del que en mal hora, ¡ay de mí!
yo propio me desterré?

Luisa.

Consuelos menos mundanos
quisiera yo dar a usted;
pero Micaela es rica...

Eusebio.

¡Mal haya...!

- Luisa.* Pero ¡cómo ha de ser!
- Eusebio.* Pero...
- Luisa.* Aquí viene de molde,
don Eusebio, aquello de...
- Eusebio.* ¿Los duelos con pan son menos?
Ni aun tengo que agradecer
al astro que me persigue
esa dedada de miel.
- Luisa.* ¡Cómo!
- Eusebio.* ¡Si apenas salimos
de sota, caballo y rey!
Es avara y cicatera;-
frugal dice ella; y a fuer
de filósofa me cita
sin cesar aquella ley
de "Comer para vivir;
no vivir para comer."
- Luisa.* Pero habrá testado ya
en favor de usted...
- Eusebio.* No sé;
mas pienso que no; que si ella
me hubiera hecho esa merced,
ya a Madrid la anunciarían
en cada esquina un cartel.
- Luisa.* (Es cálculo. Así lo tiene
a raya; pero tal vez...)
- Eusebio.* Y teste o no a mi favor,
¿qué importa? ¡Yo moriré
antes que ella, aunque ya pisa
el umbral de la vejez!
- Luisa.* No es posible...
- Eusebio.* Sí, señora;
soltaré pronto la piel
de vergüenza, de fastidio,
de...
- Luisa.* Ya vuelve. Calle usted.

ESCENA V.

LUISA. D. EUSEBIO. MICAELA.

Micaela. [Con el librito de memorias en la mano.]
Acabé el idilio.

Luisa. ¡Bueno!

Eusebio. (Hará que me precipite...)

Micaela. Lo leeré si usted permite...

Luisa. Con mucho gusto.

Micaela. [Leyendo el librito.]
“A Mireno.”

Eusebio. (Sudo...)

Micaela. *Merino* se llama;
pero las letras combino,
y del prosaico *Merino*
da *Mireno* el anagrama.

Luisa. ¡Oiga!

Micaela. Y no su nombre solo
invierte mi docta escuela.
¿Quién se llama *Micaela*
en el idioma de Apolo?
Con sus mismas letras...

Luisa. ¿Quién
pensara...?

Micaela. Para la rima
sale el nombre de *Acelima*.

Eusebio. (Y el de *acémila* también.)

Micaela. Leo.

Eusebio. (¡No te diera un cólico!...)

Micaela. [Leyendo.]
“A Mireno.”

Luisa. (¡Mala peste...!)

Micaela. “Su fiel *Acelima*.”
[Interrumpiéndose.]
Este

- es un poema bucólico.
[*Leyendo.*]
«Mireno, más gallardo
que mi pintado choto...»
- Eusebio.* [Con disgusto mal reprimido.]
(¡Ah!)
- Micaela.* «En el umbrío soto
con el cuenco te aguardo
de blanco requesón.»
- Eusebio.* [Creciendo su angustia.]
(¡Oh!)
- Micaela.* «Y la castaña hirsuta,
de Amarilis un día
apetecida fruta,
que a Alexis ofrecía
el triste Coridón.
Aquí la dulce avena,
que es tu mayor regalo...»
- Eusebio.* [Dejando oír distintamente la exclamación.]
¡Uf!
- Micaela.* ¡Cielos! ¿Te pones malo?
- Eusebio.* Sí. (¡Maldita cantilena!)
- Micaela.* [A Luisa.]
¡Le hace un efecto mi canto...!
(Como el del tártaro emético³⁴.)
- Luisa.* ¡Poder del estro poético!-
- Micaela.* Mas si te conmueve tanto,
dejo la lectura.
- Eusebio.* [Como quien se descarga de un grave peso.]
(¡Oh!)
- Bien.
- Micaela.* Y vámonos a casa
si quieres.

34. **Tártaro emético.** 'tartrato de antimonio y potasio de poderosa acción emética o purgante según la dosis' (*DRAE 4*, s.v. tártaro1) Vid. *Una de tantas*, 5.

Eusebio. Ya se me pasa.
Luisa. Tome usted algo...
Eusebio. No, no.
Micaela. Retirémonos, galán.
Los huéspedes no han venido...
Luisa. ¿Quién los habrá detenido?
[*Mirando por el balcón.*]
¡Calle! En el jardín están.
Micaela. ¿Sí? Veamos esa bella.
[*Se asoma.*]
Luisa. Paseando están los dos.
Micaela. ¡Es muy linda!
Eusebio. (¿A ver?)
[*Asomándose por detrás de Luisa y Micaela.*]
¡Oh Dios!
[*Los tres se retiran del balcón.*]
Luisa. ¿Qué es eso?
Micaela. ¿Otra vez?
Eusebio. (¡Es ella!)
La cabeza...
Micaela. ¡Ay! Dios me asista...
Eusebio. ¡Vámonos... Nada! Un mareo...
[*Tomando el sombrero.*]
Con el aire libre creo...
(¿Cómo sostener su vista?)
Luisa. Quédese usted...
Eusebio. No, no...
Luisa. Aquí...
Eusebio. Ya estoy bueno.
Micaela. [*Tomando el brazo de D. Eusebio.*]
Traigo coche.-
Ven...
Eusebio. Adios.

Micaela. Hasta la noche.
Luisa. Adios.
Eusebio. (¡Ay triste de mí!)

ESCENA VI.

LUISA.

¡Qué boda! Y achacarán
a su mal signo... ¡Mentira!
Antes que te cases mira
lo que haces, dice el refrán.
Si a estas horas el demonio,
aunque a Teócrito pese,
no ha dado al traste con ese
ridículo matrimonio,
a la excesiva prudencia
del pobre joven se debe;
pero la medida en breve
llenará de su paciencia.
Lo vieja y lo literata,
para ella bien lo concilio:
mas ¡para él!... Otro idilio,
y la abandona, o la mata.
El pedantesco lenguaje
¿cómo no ha de darle enfado
con que aquí nos ha guisado
tan nauseabundo potaje?
Síntomas de indigestión
yo también casi me noto
con las castañas y el choto,
la avena y el requesón.

Condesa. [Dentro.]
¿Está visible Luisita?
Luisa. [Saliéndola al encuentro.]

ESCENA VII.

LUISA. LA CONDESA. D. FEDERICO.

Luisa. Para ti lo estoy siempre.
[*Se besan las dos damas.*]
Condesa. ¿Buena?
Luisa. Sí. ¿Y tú?
Federico. [*Presentando la mano.*]
Luisa amable...
Condesa. Buena. Gracias.
Luisa. [*Admitiendo la mano de D. Federico.*]
Bien venido.-
¿No te sientas? (¡Siempre al margen!)
[*Se sienta la Condesa.*]
Condesa. Ven a mi lado...
Luisa. Ahora no.
Te dejo por un instante.
Vendrás a cumplimentar
a mis huéspedes...
Condesa. Sí.
Luisa. Dame
tu licencia. Iré a llamarlos,
pues queda quien te acompañe.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. D. FEDERICO.

Condesa. Si es cierto, don Federico,
lo que cuantan del carácter
del General...
Federico. [*Sentándose cerca de la Condesa.*]
¿Qué me importa...?
Condesa. Su mujer vivirá mártir.
Federico. Algunas preferirían
ese martirio al desaire,

por no decir al desprecio
injusto que de ella hacen
sus maridos.

Condesa. Verbigracia,
yo: ¿no es verdad?

Federico. Tal ultraje
me asombra, me escandaliza

Condesa. ¿De veras? Dios se lo pague
a usted; pero no es la injuria,
amigo mío, tan grave
como usted la pinta. El Conde,
a fuer de alto personaje
y hombre de mundo, desdeña
los cariñosos afanes,
las tiernas contemplaciones
de los maridos vulgares;
pero no porque a la moda
quizá a su despecho pague
ese tributo, me deja
de amar... como él puede amarme.

Federico. Sí, tal vez; y aun eso... Pero
no como merece el ángel
cuya dulce posesión
le envidia...

Condesa. ¿Quién? ¡Disparate!

Federico. ¡Oh!

Condesa. ¿Valgo yo tanto...?

Federico. Usted
quizá ignora lo que vale;
que es modesta aún más que linda,
y hasta en eso es favorable
la estrella del Conde.

Condesa. ¡Cómo!...

Federico. Mas no se oculta a quien arde
en la lumbre de esos ojos;

- a quien admira ese talle,
esa gracia indefinible...
- Condesa.* Perdone usted que le ataje.
Tan fervoroso arrebatado
ya de los límites sale
de la amistad.
- Federico.* ¡Ay Emilia!
¿Es acaso invulnerable
mi corazón? ¿Es milagro
que en amor ciego se cambie
la amistad cuando es usted
el objeto...?
- Condesa.* ¡No más! Calle
usted, o hasta mi amistad
me precisará a negarle.
- Federico.* ¡Ah! ¿Será usted tan impía...?
- Condesa.* ¡Miren por dónde nos sale
ahora! ¡Y yo tan incauta...
- Federico.* Si...
- Condesa.* ¡Fiese usted de nadie!
- Federico.* Pero ¿es posible...?
- Condesa.* ¡Y se vende
por amigo inseparable
del Conde!
- Federico.* El amor no sufre...
- Condesa.* ¡Calle usted! Eso es infame.
- Federico.* No lo es; ni aunque lo fuera
debería acriminarme
la que es el único móvil
de mi perfidia, si cabe
perfidia en la adoración
que tributo a sus altares.
Pude yo sacrificar
esta pasión entrañable
a los deberes de amigo,

y encerrarla con cien llaves
en mi pecho, mientras sólo
fueron pecados veniales
los del Conde; mas ¡sufrir
que, haciendo público alarde
de desdeñar a una esposa
de que no es digno, se arrastre
a los pies de vil ramera...

Condesa. ¡Ah! ¿Podré creerlo...?

Federico. FÁCIL

es la prueba.- Pero usted
rehúsa mis homenajes...

Condesa. Puedo estimar los de amigo
sin admitir los de amante.

Federico. Pero mi alma...

Condesa. ¡Oh! ¡qué porfía!...

La prueba...

Federico. Es inútil. Casi...

me pesa...

Condesa. Ciertas palabras

no se aventuran en balde.

Callar, o decirlo todo

Federico. Pues bien, yo juro...

Condesa. ¡Chit!... Alguien

llega.

Federico. (¡Bien! Si no el amor,
el orgullo la hará frágil.)

[*Se levantan.*]

ESCENA IX.

LA CONDESA. D. FEDERICO. LUISA. CARLOTA. EL GENERAL.

Luisa. [A la Condesa.]

El General.- Su señora.

Condesa. ¡Bien venidos!

Luisa. [Al General y a Carlota.]
La Condesa,
mi amiga...

General. Cuyos pies besa
mi atención...

Condesa. Muy servidora...

Federico. Saludo a usted...

General. [Saludando.] Señor Conde...

Condesa. No es él...

General. ¡Ah! Creí...

Luisa. Un amigo;
el señor don...

General. Me desdigo.

Luisa. Federico Vaamonde.

Condesa. El Conde...

General. (Aquí hay gatuperio.)

Condesa. Vendrá luego.

General. (Se ha turbado.)
Bien.

Luisa. A fuer de hombre de estado
estará en el ministerio.

Condesa. Por pagar ese tributo
a la política...

General. Sí.

Condesa. Hoy no me acompaña aquí.

General. Y lo hace por sustituto.

Condesa. ¡General!...

General. ¡Oh! no es mi idea...

Condesa. El Conde tiene el honor
también de ser senador...

General. Por muchos años lo sea,
y sus hijos y sus nietos.

Condesa. Mil gracias. Si a tiempo llega,
hoy mismo al nuevo colega
ofrecerá sus respetos.

General. Me honrará... (¡Tanto cumplido!...)

Condesa. Justamente él llega ahora.

ESCENA X.

LA CONDESA. D. FEDERICO. LUISA. EL GENERAL.
CARLOTA. EL CONDE.

- Conde.* [*Dando la mano a Luisa.*]
Felicidades.
[*A Carlota.*]
Señora...
[*Carlota le devuelve el saludo con una cortesía.*]
[*A la Condesa.*]
Adios.
[*Al General.*]
Servidor...
[*A D. Federico apretándole la mano..*]
¡Querido!
- Luisa.* El General que hoy se inicia
en el Senado.
- Conde.* ¿Qué escucho!
Con tal miembro se honra mucho
la Cámara vitalicia.
- General.* Mil gracias.
- Conde.* [*Dándole la mano.*]
Téngame usted
por su amigo y compañero.
- General.* Gracias.
- Luisa.* Su señora.
- [*Vuelven a saludarse Carlota y el Conde.*]
Pero
no estén ustedes de pie.
[*Se sientan todos.*]
- General.* Bien me hallaba en Alhaurín,
que es bello país aquel,
donde estaba el cuartel
cultivando mi jardín;

mas me sacan de mi burgo,
y no para una campaña,
sino para ver qué maña
me doy yo para Lucurgo;
y pues mi Reina se digna
de acamparme en el Senado,
como obediente soldado
vengo a cumplir la consigna.
Pero nada se me alcanza
de fueros ni garantías,
sistemas ni teorías...
Mi código es la ordenanza.-
Amo a mi patria...

Conde. Lo sé.

General. La serviré hasta la muerte,
pero a mí... en fin, no es mi fuerte
la política.

Condesa. (Doy fe.)

Conde. Aunque esforzado guerrero,
el que viene a legislar
delibera, si ha lugar...

General. Yo lidio y no delibero.

Conde. Pues, que no ejerzo en vano
tan alta jurisdicción,
suelo hacer la oposición...

General. Ya; pero usted es paisano.

Conde. No porque de mí disiente
el Gobierno que nos rige,
sino porque así lo exige
mi espíritu independiente.

General. Bien. Yo, que no hago misterio
de ser como Dios me hizo,
pienso votar como un suizo
lo que vote el ministerio.

ESCENA XI.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL CONDE. EL GENERAL.
D. FEDERICO. EL BARÓN.

[El Barón trae una bolsa de las que se usan para pedir en las iglesias.]

Barón. ¿Da usted permiso?

Luisa. Adelante,
señor barón del Manzano.

Barón. Tengo el honor...
[Viendo que se quieren levantar los caballeros.]

¡Quietos, quietos!

Nadie se mueva, o me marchó.

Luisa. Pues siéntese usted...

Barón. Lo haré.

[Tomando la mano de Luisa.]

¿Usted buena?

Luisa. Sí.

Barón. Lo aplaudo.-

[Presentando la mano a Carlota.]

Señorita...

General. *[De mal gesto y saliendo con la mano al encuentro de la del Barón.]*

¿Eh?

Barón. Caballero...

Estoy...

Carlota. Beso a usted la mano.

Barón. ¡Oh Condesa!

[Toma también su mano, y luego la del Conde y la de D. Federico.]

Condesa. Buenos días.

Barón. A usted venía buscando.-

¡Señor Conde!... ¡Federico!

- General.* (¡La marcialidad alabo!)
- Barón.* [*Sentándose junto a la Condesa y dirigiendo la palabra a Luisa..*]
Usted disimulará,
Luisa, que me haya tomado
la libertad...
- Luisa.* De esta casa,
Barón, es usted el amo.
- Barón.* Gracias.- No estaba en la suya
la Condesita, y le traigo
la bolsa de la benéfica
asociación de que entrambos
somos miembros.
- Condesa.* Sí; hoy me toca
pedir en los Italianos.-
[*Tomando la bolsa.*]
Ya no me acordaba. Gracias.
- General.* ¡Oiga! ¿El señor es...?
- Barón.* Filántropo.
- General.* ¿Sí?
- Barón.* Por moda y por carácter.
Naturalmente soy blando
de corazón, expansivo...
Los niños desamparados,
El Colegio de la Paz,
el Refugio y otros varios
píos establecimientos
disponen de mis... sufragios.
Escribo sobre reformas
del sistema carcelario,
y promuevo suscripciones
para las viudas del barrio,
para las pobres monjitas,
para la escuela de párvulos;

- y ya una rifa de alhajas
proyecto, ya un espectáculo
circense...; ya distribuyo
socorros domiciliarios,
hilas, vendas... Soy, en fin,
la misericordia andando.
- General.* ¡Laudable ejercicio!
- Barón.* ¡Eh! Yo...
- General.* [*Aparte con Luisa y Carlota, entre las cuales está
sentado, mientras figuran otro coloquio entre sí los
demás interlocutores.*]
¡Y me parecía un fatuo!
- Luisa.* Bien le parecía a usted.
- Carlota.* Sus virtudes, sin embargo,
compensan...
- General.* Dará en limosnas
la mitad del mayorazgo.
- Luisa.* Ni un maravedí. Todo eso
es farándula, aparato
teatral. De él no diré
que hace como algunos tráfico
con la caridad cristiana...
- General.* ¿Qué escucho!
- Luisa.* Sí; ya es un ramo
de industria muy lucrativo
para quien sabe explotarlo.
En cuanto al Barón, como es
en la sociedad un trasto
inútil, hace esas farsas...
¿qué sé yo?... por hacer algo,
y en todas partes se cuela
a título de filántropo.
- General.* ¿Y es también filantropía
el jovial desembarazo
con que damas y galanes
se aprietan aquí la mano?

- Luisa.* La moda...
- General.* ¡Moda execrable,
mengua del decoro, escarnio
del pudor!
- Luisa.* Yo, General,
ni la culpo ni la ensalzo.
No pasa de ser un frívolo
cumplimiento a que no damos
ningún valor.
- General.* Pues yo niego
a esa moda el *exequatur*³⁵.
La mano de mi mujer
es sólo mía: el vicario
me la dio, y se guardará
muy bien...
- Carlota.* ¿A quién se la he dado?
- General.* No es ella reina ni obispo
para que todo cristiano
se la sobe.
- [*Siguen hablando aparte.*]
- Barón.* [*En voz baja a la Condesa mientras el Conde y
D. Federico hablan aparte.*]
Sepa usted
que aunque la bolsa que traigo
viene al parecer vacía...
- Condesa.* ¿Eh?
- Barón.* (Con esto la preparo.)
No lo está.
- Condesa.* Ya se supone,
siendo usted el mandatario...

35. *Exequatur*. 'Cúmplase'. Latinismo que remite a la 'voz con que se designaba el pase que daba la autoridad civil de un Estado a las bulas y rescriptos pontificios para su observancia.' (*DRAE*). También la emplea Bretón en su poesía.

[*Moviendo la bolsa.*]

Pero no suena...

Barón. No obstante...

Basta el sentido del tacto...

Condesa. ¡Ya! Agún billete...

Barón. Eso mismo.

[*Con el dedo en la boca.*]

Pero...

Condesa. Pierda usted cuidado.

El mérito de estas cosas
está en el sigilo.

Barón. (¡Bravo!)

Condesa. (Será la primera vez
que contribuya con algo...)

Barón. Mi corazón...

Condesa. ¡Oh! ¿Quién duda...?

Barón. (No se ha ofendido... Al contrario...
¡Soy feliz! Esto se llama
llegar y besar el santo.)

Condesa. [*Levantándose: todos hacen lo mismo.*]

Aún no he visto el aderezo,
Luisita, que te ha enviado
tu marido de París.
Si quisieras enseñármelo...

[*Se acerca a Luisa y a Carlota, y mientras ellas
hablan, hacen aparte lo mismo el Conde con el
General y el Barón con D. Federico.*]

Luisa. Con mucho gusto.- Por cierto
que un broche se ha despegado
y lo llevaré esta tarde
al diamantista...

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Federico. ¿Sí? ¡Guapo!
Barón. En la bolsa está el intrínquilis.
Federico. ¡Cómo!...
Barón. Yo de todo saco
partido.
Federico. ¡Oiga!
Barón. El pobre Conde...
Federico. (¿Habrás títere...)
Barón. Te encargo
la mayor reserva.
Federico. Pues.
Barón. Y tú, que eres su amigacho,
me ayudarás...
Federico. Se supone.
Barón. Me obligo a hacer otro tanto
por ti...
Federico. Ya.
Barón. Los camaradas...
Federico. Entiendo. (Pues ¡ha buscado
buen confidente!)
Luisa. Allá dentro
lo verás.
Condesa. Sí, vamos, vamos.
Luisa. [A los caballeros.]
Hasta luego.
Barón. Yo, si ustedes
me otorgan su beneplácito,
me despido desde ahora.
Luisa. ¿Sí? Para ejercer otro acto
de beneficencia.
Barón. Cierto.
Yo volveré más despacio...
Luisa. Cuando usted guste.
Barón. Señoras.-
Condesa. Hasta la noche.

Barón. ¡Oh! no faltó.-
Señores... (Soy otro César,
soy otro Alejandro Magno.)

ESCENA XII.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL GENERAL.
EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. Yo me despido también;
que si hemos de ir al Senado...

Federico. Y yo...

Luisa. Cuando ustedes gusten.

Condesa. [*Dejando la bolsa sobre un mueble.*]
¡Ah! Ya olvidaba...
[*A Carlota.*]
Contamos
con usted y el General...

General. ¡Cómo!...

Condesa. Hay baile en casa...

General. ¿Cuándo?

Condesa. Esta noche.

Carlota. Por mi parte,
con mucho gusto.

General. Es que... acaso...
yo no podré... Mis dolencias...

Condesa. No admito excusas.

General. (¡Qué diablo
de baile!...)

Condesa. Si el General
quiere acostarse temprano,
en buen hora. No por eso
nos prive de los encantos
de su linda esposa.

General. [*Con prontitud.*] Iré.

Condesa. Gracias.

- General.* Pero yo no bailo.
Condesa. Se entiende. Pero ella sí:
¿verdad?
General. Ella...
Carlota. Un poco...
General. (¡Me aspo!)
Condesa. Vamos, querida... ¡Ah! señores,
hoy pido en los Italianos;-
ya lo habrán oído ustedes,-
y espero de tan bizarros
caballeros, que irán todos,
sin exceptuar mi caro
esposo, a darme limosna
para los pobres inválidos.
General. Tendré el honor...
Federico. Muy gustoso...
Condesa. Gracias, señores.- De cuatro
a seis. (¡Pérfido!, si es cierto,
no te perdono el agravio.)

ESCENA XIII.

EL GENERAL. EL CONDE. D. FEDERICO.

- Conde.* ¡Qué diantre de petitorios!...
General. No veo nada de malo
en eso... (Peor es el baile.)
Federico. No podemos excusarnos.
(¡Ah! ¡Qué idea!... Si es verdad
que en aquella bolsa hay gato
encerrado...)
Conde. ¿Quién va luego
desde cerca de Palacio
hasta...
General. ¡Oh! sí, por una obra
de caridad...

[*Siguen hablando aparte.*]

Federico. (Me descarto
de un rival..., poco temible;
pero, al fin, rival. Sí, y hago
del ladrón fiel con el Conde.)
Señores, no es necesario
hacer un viaje a la iglesia.
La Condesa se ha dejado
aquí la bolsa;

[*La toma.*]

y podemos
ahora sin molestarnos
echar nuestros donativos...

General. Dice bien.

Conde. Abra usted...

Federico. Abro.

[*Presentando la bolsa después de desatar los
cordones.*]

Señor Conde...

Conde. [*Echando una moneda.*]

Aquí va esta onza.

Federico. Señor General...

General. Yo vacío

el bolsillo. Es en favor
de mis pobres veteranos.
¿Quién sabe si alguno de ellos,
quizás en el mismo campo
donde yo gané una faja,
perdió una pierna o un brazo?

[*Echa en la bolsa varias monedas.*]

Federico. Ahora me toca a mí;
pero no llevo metálico.-
Lo suplirá este billete.

[*Saca uno.*]

Entero no; que en el garbo
no compito yo con próceres.
Doy ocho duros, y saco
el resto... Así como así,
yo necesitaba cambio...

[*Vacía la bolsa sobre un velador, y entre las monedas aparece el billete a que aludió el Barón.*]

Conde. ¡Ah! ¿Qué veo!...

General. ¡Otro billete!

Federico. Cierto.

General. ¡Y este no es del Banco!

Conde. (¡Cielos!...) Venga.

[*Lo toma. D. Federico hace con el suyo lo que antes indicó, y guardando en la bolsa el billete de Banco y el dinero restante, la vuelve a cerrar.*]

Memorial

será de algún desgraciado...

[*Se desvía un poco, y con disimulo rompe el sobre y echa una ojeada sobre el contenido del billete.*]

General. ¿Se gasta aquí en memoriales
papel vitela con cantos
de oro...

Federico. [*Acercándose al Conde y en voz baja.*]

Yo siento en el alma...

Un error involuntario...

Conde. ¡Qué! Nada... (Disimulemos.)

[*Con risa forzada.*]

Ja, ja... En efecto, ahora caigo...
Sí, algún billete amoroso

que aquí se dejó olvidado
la que ántes tuvo la bolsa.
El sobre está revelando
su nombre.

General. (¡El de tu mujer!
¿Si creerá que soy un ganso?)

Conde. [A *Federico en alta voz.*]
La intendenta...

Federico. ¿Sí?

Conde. ¡Aturdida!

[*Con risa forzada.*]
¡Pues si acierta a dar en manos
de su marido la carta!
El que es tan atrabiliario...

Federico. ¡Oh!

Conde. Y ha dado en la flaqueza
de ser celoso... (¡Me abraso!)
Ja, ja...

General. (¡Inaudita frescura!
¿Será verdad...?)

Conde. (Ella, es claro,
nada sabe, ni hará aprecio
de semejante espantajo;
pero es audacia...)
[*Guardando el billete.*]

Esta noche
se la daré...

General. ¿Al... agraciado?

Conde. No; a ella: y la advertiré
que no se descuide tanto
otra vez.

General. Mal hecho.

Conde. ¡Cómo!...

General. A ella no, que eso es dar pábulo
al vicio; eso es proteger

un infame contrabando:
a él se la daría yo;
al pobre marido cándido,
que en vez de tierna consorte
abre a una sierpe los brazos.

Conde. ¿Al marido? ¡Qué locura!
¡Yo promover un escándalo!
¡Yo... Bah!

General. Su causa es la nuestra.
Maridos somos entrambos...

Conde. No nos cansemos... El pobre
que nace predestinado...
Ja, ja... ¿Cómo resistir
al influjo de los astros?

General. No obstante...

Conde. Ruede la bola...
¿No viene usted al Senado?

General. Luego... Tengo que ponerme
el uniforme.

Conde. Allí aguardo.

General. Iré pronto.

Conde. (¡El Baróncito!)
¿Vamos, Federico?

Federico. Vamos.

Conde. [*Despidiéndose.*]
Tengo el honor...

Federico. [*Lo mismo.*] General...

General. [*Acompañándolos hasta la puerta.*]
Soy de ustedes.

[*Luego que vuelven la espalda.*]

¡Insensato!

ESCENA XIV.
EL GENERAL.

[Después de una breve pausa.]

Y no hay tal intendenta.
Por más que disimule y lo eche a broma,
el tiro va a su honor; suya es la afrenta.
Pero si a lo filósofo lo toma,
con su pan se lo coma.-
Y son dos los galanes, por mi cuenta;
que el otro fantasmón... Y mil cumplidos
le hará, mil agasajos...
¡Qué Madrid! ¡qué costumbres! ¡qué maridos!-
¡La predestinación!... ¡Qué bobería!
Si eso dicen y se echan en el surco,
¿qué milagro...? No; ¡alerta! Por ventura
¿es la honra cuestión de autonomía?
¡No! Mi filosofía es la del turco;
que la mujer es frágil criatura,
y si aun para la púdica y sencilla
la vigilancia de Argos³⁶ fuera poca,
¿quién confía, ¡gran Dios! , en una loca?-
Mas Carlota no vuelve...
¿Iré...? No. Haré sonar la campanilla.
[Tira de un llamador.]
No quiero yo que tanto se entretenga
con damas tan...
[A un criado que llega.]

36. Argos. Personaje mitológico a quien se representa con cien ojos. Aunque en las referencias mitológicas no hay acuerdo sobre el número exacto de ojos que tenía, baste decir que era conocido como *Panoptes*, esto es el "Todo ojos?; siempre estaba vigilante, pues cuando alguno de sus ojos se cerraba por el sueño, siempre quedaban otros abiertos.

A mi mujer que venga.-
La sesión será larga...
No, no la dejo aquí. Sería enorme
necedad...

ESCENA XV.
EL GENERAL Y CARLOTA.

Carlota. ¿Me llamabas?
General. Tengo que ir al Senado, y ya es urgente
que vengas a ponerme el uniforme.
Carlota. Bien.
General. (Ya que no a mi lado,
al menos a mi vista he de tenerla.)
Tú me acompañarás.
Carlota. ¿Dónde?
General. Al Senado.
Carlota. ¡Yo al Senado!
General. Sí, perla.
Carlota. ¿Qué haré allí? De política no entiendo.
Me dormiré.
General. Es mi gusto.
Carlota. Yo...
General. ¿Prefieres
tu libertad...?
Carlota. Yo de ella no pretendo
abusar; ni aquí sola, entre mujeres...
General. Mujeres peligrosas.
Carlota. No lo creas.
General. Lo creo, y no te asombres.
¡Dan la mano a los hombres!
Carlota. Sin malicia.
General. Eso no entra en mis ideas.
Carlota. Ni yo...

- General.* Al marido ausente
hacen que supla el *cavalier servente*³⁷.-
A bien que pronto iremos a la nueva
casa.
- Carlota.* (¡Ay Dios! ¡En la calle de la Cueva!)
Nuestra huéspedea Luisa
es la suma virtud.
- General.* Sea; lo admito;
aunque eso de poner cara de risa
a todos...
- Carlota.* Ser amable no es delito.
- General.* Pero la tal Condesa... ¡Hum! esa..., esa...
- Carlota.* ¿Qué motivo...?
- General.* No trago a la Condesa.
En aceptar su baile mal hiciste.
- Carlota.* Si por eso has de estar ceñudo y triste,
no iré.
- General.* Ya es tarde; mi palabra he dado,
y me pondrán si faltas,
de oro y azul.
- Carlota.* Pero ¿por qué te exaltas
conmigo así?
- General.* Por nada.
- Carlota.* ¿En qué he pecado?
- General.* En nada; pero vamos al Senado.
- Carlota.* ¡Es fuerte empeño!
- General.* Irás a la tribuna
de las damas.
- Carlota.* (¡Fastidio!) ¡Si a ninguna
conozco...

37. *Cavalier servente*. 'Hombre que corteja platónicamente a una mujer'. En el resumen del argumento de la obra *Chabert* Bretón hace coincidentes *cavalier servente* y *chulito de a pie* (expresión que vuelve a aparecer en *Flaquezas ministeriales*.)

- General.* Irá contigo, pues de paso
nos coge, doña Luz, la brigadiera.
- Carlota.* Aún es peor llevar tal compañera.
- General.* ¡Cómo!...
- Carlota.* Septuagenaria,
asmática, locuaz, estrafalaria...
¡Me voy a divertir!
- General.* Si así vacilas,
sospecharé...
- Carlota.* ¡No, no!
- General.* ¿Por qué cavilas?
- Carlota.* Tú eres el caviloso;
yo no.
- General.* ¿Ni aun ese leve sacrificio
harás por mí?
- Carlota.* Sí tal. Iré. (¡Oh suplicio!)
- General.* Ya; pero vas rabiando.
- Carlota.* No. Mi esposo
lo manda, y mi deber es la obediencia.
(¡Buen Dios, dadme paciencia!)
- General.* Lo mando... porque te amo.
- Carlota.* Así lo creo.
(¡Ah qué amor!)
- General.* [*Acariciándola.*] Sí, Carlota, sí, alma mía;
y si cumplir pudiera mi deseo,
no en la tribuna, no en la galería;
en mi silla curul³⁸ te sentaría.

[*Al retirarse apoya el General su brazo derecho sobre los hombros de Carlota.*]

38. *Silla curul.* 'La que ocupa una persona que ejerce una elevada magistratura o dignidad.' (*DRAE*)

ACTO SEGUNDO

Sala en casa del Conde con puerta grande en el foro y otra más pequeña a cada lado de bastidores. Forillo de tránsito, que por la derecha conduce a la puerta de la escalera, y por la izquierda a la sala donde se baila y a otras habitaciones. La puerta lateral de la derecha guía a las piezas de juego y a otras dependencias, que también por lo interior conducen al forillo: la de la izquierda sirve de comunicación al gabinete de la Condesa y a la sala principal. El teatro estará alumbrado con profusión.

ESCENA I.

LA CONDESA. EL BARÓN.

Condesa. Bien, ya hemos quedado solos...
Barón. ¡Mal haya tanto importuno!
Condesa. Hable usted; mas sea breve; que hago falta...
Barón. Dos minutos.
Condesa. ¿Qué asunto...?
Barón. ¿Lo ignora usted?
Condesa. Claro está, pues lo pregunto.
Barón. ¡Ah Condesa!... (Denguecillos que hacen más sabroso el triunfo.) Ya habrá usted visto... en la bolsa...
Condesa. Sí; hoy he recogido mucho.
Barón. El billete...
Condesa. ¿Era de usted?
Barón. Pues ¿de quién? De aquel conducto me valí...

- Condesa.* Sí, ya recuerdo...
Gracias. ¡Veinticinco duros!
- Barón.* ¿Qué dice usted? No es del Banco
el billete al que yo aludo.
- Condesa.* ¡Oiga! Pues ¿de qué?
- Barón.* ¡Tirana!
¿Se burla usted...?
- Condesa.* No me burlo.
diga usted...
- Barón.* Nadie nos oye.
Ya es ocioso el disimulo.
- Condesa.* ¡Barón...!
- Barón.* Pero usted querrá
que, excusando subterfugios,
confirme de viva voz
lo que escribí de mi puño.
Sí, dulce Emilia, sí, amable
Condesa; mi alma no pudo
por más tiempo devorar
en silencio el fuego oculto
que la consumía. ¡Ah! ¿Quién
pone diques al Vesubio?
- Condesa.* [Riéndose.]
Ja, ja... ¡Donosa ocurrencia!
- Barón.* ¿Qué!...
- Condesa.* ¿Luego el papel intruso
era un billete amoroso...?
- Barón.* ¡Oh! sí, el humilde tributo
de un corazón...
- Condesa.* ¡Filantrópica
bobada!
- Barón.* Yo...
- Condesa.* ¡Buen condumio
daría yo a los inválidos
y a los pobres del Refugio
con el corazón de usted!

Barón. Señora, yo... Si... (Me aturdo.)
Siento... El amor no es un crimen...
Y si usted leyó el opúsculo...
(Ya no sé lo que me digo.)

Condesa. ¿Yo? Ni lo he visto.

Barón. ¿Qué escucho!

¿Cómo...?

Condesa. En la bolsa no estaba....

Barón. ¡Cielos!

Condesa. Lo sé de seguro,
cuando yo conté el dinero.

Barón. Pues mi mano lo introdujo...

Condesa. ¡Y a saber ahora en cuáles
habrá dado! Este es mi apuro.

Barón. Yo iré... Yo preguntaré...
¿A quién le tocaba en turno?
A la marquesa... Sí, sí,
a la marquesa del Junco.

Condesa. ¡Eh! peor es eso...

Barón. Yo...

Condesa. Dejémoslo estar.

Barón. Yo me angustio...

Condesa. ¿Qué podrán decir de mí?
Que sin fundamento alguno
me pretende un mentecato...

Barón. ¡Hija, ese adjetivo...!

Condesa. Es justo.-

Eso dirán; pero nadie
creerá que yo lo sufro.

Barón. Confieso mi error. Creí...

Condesa. Hay galanteos absurdos
de que, aun viéndolos, no osara
culpar la lengua del vulgo
a mujeres como yo.

Barón. Bien, señora; fue un abuso

levantar mi pensamiento
hasta el Olimpo cerúleo
donde usted se glorifica;
pero ese ceño iracundo
sienta mal en una diosa.

Condesa. ¡Eh! no más...

Barón. (¡Vaya unos humos...!

Me arrepiento, me desdigo...

Condesa. Bien está.

Barón. Me echo en el surco.

Condesa. [*Con impaciencia y sentándose.*]

¡Basta!

Barón. Adios. (Me ha sofocado.

Daré a mi prosa otro rumbo,
y si no hago una conquista
esta noche, me estrangulo.)

[*Al retirarse el Barón llega Luisa y se saludan.*]

ESCENA II. LA CONDESA. LUISA.

Luisa. ¡Emilia!
[*Viéndola y acercándose más.*]
¡Ah! ¿Cómo tan sola?

Estás mala?

Condesa. [*Levantándose.*]

No. Ese estúpido
de Barón...

Luisa. ¿Te solicita?

¡Bravo! Es hombre de buen gusto
el filántropo.

Condesa. Es que yo...

Luisa. No es tan estragado el tuyo:
ya lo sé. Le has deshauciado,
por lo visto. Iba tan mustio...

Condesa. ¡Requerirme a mí de amores
un necio...!

Luisa. Es crecido el número,
y las mujeres bonitas
como tú...

Condesa. ¡Yo, Luisa!

Luisa. Y mucho:
no se libran de babosos.
Yo, sin mérito ninguno,
no puedo echar de mi oreja
un molesto abejaruco...

ESCENA III.

LA CONDESA. LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. Luisita...

Luisa. [En voz baja.]
¿Eh? ¿Qué te decía?

Luciano. Perdone usted si interrumpo...
Me ha ofrecido usted bailar...

Luisa. Sí; cuando empiecen los músicos...
Ahora permítame usted...

Luciano. Bien. Soy obediente súbdito...
Volveré... (No hay remisión.
Esta noche... la seduzco.)

ESCENA IV.

LUISA. LA CONDESA.

Condesa. ¡El bueno de don Luciano!

Luisa. Ya ves; ha dado en el flujo
de seguirme a sol y sombra.
Si no fuera tan obstuso
hubiera ya conocido
que de mí no saca fruto;
pero es el hombre más plomo...

Condesa. Presume de ser muy ducho
en negocios, y no advierte
que es inexpugnable muro
tu virtud.

Luisa. Como la tuya,
Emilia.

Condesa. Sí; cumplo
lo que el honor y el deber
me ordenan; mas te aseguro
que todo el favor del cielo
necesito... ¡Ay! no me cupo
en suerte, Luisa de mi alma,
un marido como el tuyo,
dulce, fiel, tierno, indulgente.

Luisa. ¡Cómo!

Condesa. Es tal y tan injusto
el desvío y abandono
del Conde, que con estudio
parece que él mismo quiere
inspirarme horror al yugo
que nos une.

Luisa. ¡Oh! no lo creas.
Tiene ese exterior adusto,
pero en el fondo de su alma...

Condesa. En su alma reina el orgullo;
mas yo también tengo el mío,
y en mejor causa lo fundo;
y si por decoro propio
sus desdenes disimulo,
¡guárdese de que en agravios
degeneren y en insultos!

Luisa. No es posible... (¡Ah! si supiera...)

Condesa. Por mi bien y por el suyo,
ruego a Dios que sean vanas
mis sospechas.

[*Dentro música.*]

Luisa. No lo dudo.-
Ni tú des crédito, Emilia,
a lisonjeros astutos
que bajo el mentido velo
de la amistad sus impuros
designios quizá disfrazan,
y para romper el nudo
que tanto envidian, si es fuerza
apelarán sin escrúpulo
hasta a la calumnia...

ESCENA V.

LUISA. LA CONDESA. D. LUCIANO.

Luciano. Luisa...

Luisa. Voy...
[*En voz baja con la Condesa.*]
¡Prudencia!

Condesa. Yo te juro
que sin pruebas...

Luisa. Aun con ellas
debemos a Dios y al mundo...
Pero para otra ocasión
dejemos tan grave asunto.
Hablaemos... Entre tanto,
que sea siempre tu escudo
la razón, y ten presente
que sujetas al influjo
del hombre, para nosotras
hizo la ley del embudo.

[*Vase dando el brazo a D. Luciano.*]

ESCENA VI.
LA CONDESA. EL CONDE.

- Condesa.* ¡Oh! la virtud poco cuesta
a una mujer venturosa;
mas si ella...
- Conde.* [Llegando por el foro.]
¡Querida esposa!
- Condesa.* ¡Ah!... ¿Qué novedad es esta?
- Conde.* Te buscaba...
- Condesa.* ¿Será tal
mi dicha, Conde, y mi prez,
que en un acceso tal vez
de delirio conyugal
tenga usted la dignación
de bailar conmigo ahora?
- Conde.* ¡Bailar! No vengo, señora,
con semejante intención.
- Condesa.* Conozco mi error grosero.
¡Yo esperar tan alto bien
de...!
- Conde.* Yo puedo ser tan buen
marido como el primero
aunque a bailar me resista
con mi señora, ¡qué idea!...
como un hidalgo de aldea
o como un oficinista.
- Condesa.* Ni yo tal dicha ambiciono;
que no es justo asimilar
con un marido vulgar
a un marido de gran tono.
Prócer de elevada cuna
no a su mujer tanto honor
concede.
- Conde.* Y si es senador,
ni a su mujer ni a ninguna.

- Condesa.* ¡Oh! la salud del estado...
- Conde.* Si de este placer me privo,
que bailes no te prohibo
con quien sea de tu agrado.
Si aún te quejas...
- Condesa.* No me quejo.
- Conde.* Si no es bastante completa
por ventura la discreta
libertad en que te deajo...
- Condesa.* ¡Libertad! Justo es que arguya
de tanta galantería
que si toleras la mía
es por dar rienda a la tuya.
- Conde.* ¡Qué! ¿Coartármela quieres?
- Condesa.* No, no. Vive satisfecho...
- Conde.* En los hombres es derecho
lo que gracia en las mujeres.
- Condesa.* Sí, sí, gracias... por la gracia.
No abusaré de ella, no.
- Conde.* Perderías más que yo
si tanta fuese tu audacia.
- Condesa.* ¡Conde!...
- Conde.* Al culto de Himeneo
sobra tiempo y ocasión
sin hacer en un salón
alarde de su trofeo.
- Condesa.* ¿Es criminal...?
- Conde.* No, hija mía;
vulgar... Si ahora los dos
bailásemos, sabe Dios
cómo se interpretaría.
Como bailar no está en moda
la mujer con el marido,
y tu pareja no he sido
desde el día de la boda,

- sospecharía la gente
que a tan tierno *padedú*³⁹
nos prestábamos yo o tú...
por cubrir el expediente.
- Condesa.* ¿Eh? ¿Qué misterio se encierra
en tus palabras?
- Conde.* Ninguno.
Un aviso...
- Condesa.* Inoportuno.
- Conde.* Sin mala intención se yerra.
Diviértete, ríe, danza;
no turbaré tu solaz,
porque te juzgo incapaz
de burlar mi confianza.
No respondas con desprecios
a lisonjas inocentes;
sé amable...; mas para mientes
en guardarte de los necios;
que, si oído se les presta,
ciegos por la presunción
dan muestras de lo que son
- [*Presentando la carta del Barón.*]
- con embajadas como esta.
- Condesa.* ¡Ah!
- Conde.* Para darte el billete
no hubiera el Barón creído
que fuese el propio marido
correo de gabinete.
- Condesa.* Me harás justicia...

39. *Padedú*. 'Paso a dos', modalidad de danza ejecutada entre dos personas. Bretón emplea este término (proviniente del francés *pas de deux*) también en *Marcela* y en *El intendente y el comerciante*. También se puede leer en los artículos de A. Flores.

Conde. ¡Oh! sí.

Condesa. De no exigir que mi labio
se justifique...

Conde. El agravio
recayera sobre mí.

[*Dando el billete a la Condesa.*]

Mas justo es que la misiva
vaya a su destino...

Condesa. No.
Responsable no soy yo
de que un títere me escriba.

Conde. Yo no digo que haya pacto...

Condesa. Recibiría, no obstante,
ese billete galante
para devolverle intacto;
pero ya no, porque advierto
que está roto por la oblea,
y no me está bien que crea
que mis manos lo han abierto.

Conde. Por curiosidad lo abrí;
no por celos...

Condesa. Ya se entiende.
Vucencia no descende
a tener celos de mí.

Conde. Dejemos, señora, a un lado
dimes y diretes.

Condesa. ¡Conde!...

Conde. Toma el billete, y responde
al galán almibarado.

Condesa. No haré yo tal desvarío.
Si contestar es forzoso,
hágalo mi ilustre esposo
en su nombre o en el mío.

Conde. A mí ¿qué me importa...?

- Condesa.* En suma,
¿no es mi secretario ucencia?
¿No abrió mi correspondencia?
Lléveme también la pluma.
- Conde.* ¡Emilia!... Yo...
- Condesa.* Y no se ofenda
vucencia si le advierto
que va siendo ya por cierto
ridícula esta contienda.
¿Qué dirá Madrid...?
- Conde.* ¡Señora!...
- Condesa.* Cuando se llegue a saber
que da ucencia a su mujer
audiencias de media hora?
Yo también mostrarme debo
grave, enfática, severa,
aristócrata..., siquiera
por el título que llevo.
Si vale, pues, mi opinión,
guarde cada cual su puesto,
y terminemos con esto
tan enfadosa cuestión,
porque sabe Dios adónde
nos llevara...
- Conde.* ¡Oh! sí, es deber
de ambos...
- [*Cesa la música.*]
- Condesa.* Pero ha de tener
entendido el señor Conde,
que porque en vano ceñudo
humillar quiera mi frente,
no añadirá ciertamente
ningún cuartel a su escudo;
que sin la alta cualidad

que Su Excelencia heredó
me basto a mí propia yo
para tener dignidad,
y para ser muy señora
no esperé, mal que le pese,
a que su mano me hiciese
condesa ni senadora.

Conde. No te hablo yo con despego
ni...

Condesa. Bien, sí; tienes razón.-
Yo hago falta en el salón
y tú en la pieza de juego.

Conde. Tu imaginación se exalta.
No pretendo...

Condesa. Basta ya;
mas lo dicho, dicho está.

*[A un caballero que se dirige desde la puerta lateral
de la derecha hacia el foro.]*

Déme usted el brazo, Peralta.

ESCENA VII.

EL CONDE.

¡Miren si tiene entereza!
Confieso, aunque es de familia
mercantil, que puede Emilia
alternar con la nobleza.-
¡Y esta noche está galana!-
No merece ella por cierto...
Pero ¡si me tiene muerto
mi donosa americana!
Hay tal gracia, hay tal encanto
en mi divina criolla, ..
que haría perder la cholla,

no digo a mí, sino a un santo.
¡Y qué talento, qué porte,
qué travesura, qué brío!...
¡Cómo vence en señorío
a las damas de la corte!
Es la hermosura de moda,
y más de un adorador
de alto coturno, en su honor
alzaría una pagoda.
¿Qué mucho si me arrebató
de gozo y pierdo el sentido
cuando soy el preferido
entre todo el procerato?
Mañana, tristes rivales...
Mas tiempo hay de hacer el loco.
Cumplamos ahora un poco
con los deberes sociales.

[Vase por la puerta de la derecha, y al mismo tiempo llegan por el foro Luisa y D. Luciano.]

ESCENA VIII.

LUISA. D. LUCIANO.

Luisa. *[Soltando el brazo de D. Luciano y sentándose en un sofá. D. Luciano se sienta a su lado.]*

Sentémonos.

Luciano. En buen hora.

Luisa. Aquí estaremos mejor.

Luciano. ¡Oh dicha!...

Luisa. Aunque hartó he mostrado,
y, sin ir más lejos, hoy,
que no me encuentre dispuesta
a que usted me haga el amor...

- Luciano.* ¡Ah señora! Ese preámbulo...
- Luisa.* Al fin, que quieras, que no,
me ha favorecido usted
con una declaración.-
De otro menos estimable
castigara mi rigor
con la risa del desprecio
la atrevida presunción;
mas con usted, que es mi amigo...
- Luciano.* Gracias por tanto favor.
- Luisa.* Aunque no me lo agradezca,
quiero entrar en discusión
¿Qué aliento le han dado a usted
ni mis ojos ni mi voz
para juzgarme capaz
de deshonar al que Dios
me destinó por marido?
- Luciano.* ¿Qué quiere usted!... Uno... Yo...
- Luisa.* Como es usted tan amable...
Suponiendo que lo soy,
porque una hable con dulzura
a todos sin distinción
y a ciertas galanterías
dando su justo valor,
no muerda al que se las dice
como una loba feroz,
¿se ha de entender que renuncia
a su fama, a su pudor?
- Luciano.* No tal; pero ¿Quién es dueño
de dominar su pasión...?
Usted bella, viva, alegre,
donosa; yo emprendedor...
Las costumbres;... el ejemplo
de otras;... el clima español...
Y si a todo esto se agrega

- el estar ausente don...
- Luisa.* ¡Nunca está el marido ausente para una mujer de honor!
- Luciano.* Confieso...
- Luisa.* Y yo adoro al mío, porque esta es mi obligación; y con ella está de acuerdo mi gusto...
- Luciano.* ¡Esto es lo peor!- Es decir...
- Luisa.* Y porque estriba la ventura de los dos en honrar y bendecir el lazo que nos unió.
- Luciano.* Si ha tenido usted la dicha, cuando tan escasos son los matrimonios felices, de hallar, por milagro, o por...
- Luisa.* ¿Eh?
- Luciano.* Quiero decir... En fin, tiene usted mucha razón.
- Luisa.* Lo celebro. Así proceden los hombres sensatos.
- Luciano.* ¡Oh! Mi sensación...
- Luisa.* (Sensatez querrá decir.) Yo me doy el parabién de que así se termine la cuestión, porque conservo un amigo...
- Luciano.* ¡Oh! Sí, señora, el mayor...
- Luisa.* Y, hablemos claro, ni usted, hombre de lastre y de pro, con tan humilde conquista cobrara mucho esplendor;

- ni los hombres de negocios
conviene que al ciego Dios
se esclavicen, porque es ya
mucho negocio el amor.
- Luciano.* Con todo, en mi presupuesto
bien cabría ese renglón.
¿Qué hago yo de un capital
que crece como el arroz?
¡Talega sobre talega
y millón sobre millón!...
Yo necesito una válvula
que desestaque veloz
la plétora de dinero
con que atosigado estoy.
- Luisa.* ¡Cosa rara!... Gaste usted...
- Luciano.* Yo vivo como un milord.
Escandaliza a Madrid
mi lujo deslumbrador,
asiático... ¡Y nunca hay déficit
en mi caja! ¡Es maldición!
Me sale a pedir de boca
todo lo que emprendo... ¡Ay! no,
que con usted he quebrado...
- Luisa.* ¿Volvemos a la canción?
- Luciano.* No, no. Esto es contar mis cuitas...
- Luisa.* Sea usted el bienhechor
de los pobres.
- Luciano.* Sí, señora;
ya doy un napoleón
mensual a San Bernardino.
- Luisa.* ¡Oiga!
- Luciano.* Y a la Inclusa, dos.
- Luisa.* ¡Friolera!
- Luciano.* Pero nada;
¡ni por esas!

- Luisa.* Pues, señor,
como no se case usted...
Mas tiene tal aversión
al matrimonio...
- Luciano.* Invencible.
- Luisa.* (¡Qué idea! Si logro yo
que la adopte, salvo a Emilia
y humillo la presunción
del Conde.)
- Luciano.* ¿En qué piensa usted?
- Luisa.* En que si es cierto el rumor
que circula por Madrid
y usted tiene comezón
de ser dadivoso, espléndido...
- Luciano.* ¡Oh! como un emperador.
- Luisa.* Yo sé de una escuela donde
puede usted tomar lección...
- Luciano.* ¿Cuál?
- Luisa.* ¿No ha oído usted hablar
de Lucinda, de esa flor
de Occidente...
- Luciano.* ¡Oh, la limeña!...
¡Linda! ¡hechicera! -¡Perdón...!
- Luisa.* ¡Eh! Yo no soy envidiosa.
- Luciano.* Anteayer me presentó
en su tertulia mi amigo
el marqués de Tamajón.
Su casa es el *rendez vous*⁴⁰
de los hombres *comme il faut*⁴¹. -

40. **Rendez vous.** 'Lugar de cita'. La primera documentación en español de esta voz se da en la obra de Mesonero. Bretón la utiliza también en *La escuela de las casadas*.

41. **Comme il faut.** 'Elegante', 'distinguido', 'de buen tono', 'de buena sociedad'. Esta es una expresión francesa muy empleada por Bretón y por otros escritores de la época, como Clarín o Mesonero. En Bretón aparece en *El pelo de la*

A propósito, me han dicho
que el que priva, acá *inter nos*,
es el Conde...

Luisa. [Bajando la voz.] ¡Chito! Es cierto;
mas si algún competidor
más rico y más generoso
se la disputase...

Luciano. Yo,
por ejemplo... Pero ¿quién
se la disputa a un varón
tan ilustre, que descende
quizá del rey que rabió?
¡Y ella es también aristócrata!

Luisa. ¡Calle!...

Luciano. Su progenitor
fue, según cuenta, Atahualpa.

Luisa. ¿Sí? Pues se remonta al sol
su origen.- Los tabardillos
son de la misma extracción.-
¡Farsas!... Mas ¿qué aristocracia
es hoy día superior
a la del dinero?

Luciano. Cierto.-
Y el conde es un pobretón
si se compara conmigo.

Luisa. Con todo, si no hay postor
que puje...

Luciano. Es claro...

Luisa. Esta tarde
me ha enseñado don Eloy,
mi diamantista...

Luciano. Y el mío.

debesa, Dios los cría y ellos se juntan, Un francés en Cartagena, La hipocresía del vicio y La cabra tira al monte.

Luisa. Una alhaja de primor
que ha mandado hacer el Conde
para mañana, que son
los días de la criolla.

Luciano. ¿Vajilla? ¿aderezo?...

Luisa. No.

Es un bonito alfiler
con perlas alrededor,
y de brillantes la cifra⁴²
del Conde.

Luciano. ¿Y valdrá...?

Luisa. Doblón
más o menos, diez mil reales.

Luciano. ¡Misericia! Eso, yo lo doy
a...

Luisa. Puede usted ver la alhaja.
Vela el artífice...

Luciano. ¡Oh!
Eso y mucho más merece
la inicial de un gran señor.

Luisa. Para ella, no en la cifra,
en la joya está el blasón.

Luciano. ¡Pues ya!

Luisa. Y don Eloy las tiene...

Luciano. ¡Preciosas! - Estaba por...,
¿eh? por hacer una hombrada.
Son las once en mi reloj.
Si ganase por la mano
al Conde...

Luisa. Es fácil... ¿No es hoy
antes que mañana?

42. *Cifra.* 'Enlace de dos o más letras, generalmente las iniciales de nombres y apellidos, que como abreviatura se emplea en sellos, marcas, etc.' (*DRAE 4*)

Luciano. Sí.
Abajo está mi landó⁴³.
Vuelo... Pues ¡poca importancia...,
¿eh?- poca reputación
me dará a mí esa conquista!

Luisa. Sin duda...

Luciano. Sí, sí; voy, voy...
Aún volveré a dar a usted
cuenta de mi comisión.
¡Oh qué triunfo para el cuerpo
de negociantes! ¡Qué atroz
desaire para esos godos
que nos venden protección
y menosprecian altivos
las *finanzas* y el *buró*⁴⁴!

Luisa. Y usted no será tan lerdo
que no exija...

Luciano. En eso estoy.
O yo he de mandar en jefe,
o no hay mus⁴⁵.- Adiós, adiós.

[*Vase corriendo por la puerta del foro.*]

ESCENA IX.

LUISA.

He aquí una intriga..., una especie
de seducción... Lo conozco;
pero mi intención es buena.

43. *Landó*. 'Coche de cuatro ruedas, tirado por caballos, con capotas delantera y trasera, para poder usarlo descubierto o cerrado.' Del francés *landau*. (DRAE)

44. *Buró*. Españolización de la palabra francesa *bureau*, 'despacho'

45. *No hay mus*. Frase de este juego de cartas con la que se indica que ya no hay posibilidad de cambiar cartas. Aquí vale por no seguir el juego.

No es menor de edad, ni esposo,
ni padre; el oro le abruma;
y pues de cualquiera modo
lo ha de derrochar, veamos
si ese galante episodio
tiene al menos la virtud
de salvar un matrimonio.
Emilia está exasperada;
don Federico no es bobo,
y pudiera envenenando
la herida de su amor propio...

ESCENA X.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL GENERAL.

Condesa. Luisa, ya está aquí tu hermosa
huéspedea.

Luisa. ¡Oh querida!

[*Se besan.*]

General. ¿Cómo,
señor General, tan tarde?
No ha podido ser más pronto.
Me ha detenido el ministro
hablándome de negocios...

Condesa. Ahora el negocio es bailar.
A un lado serios coloquios,
y a la sala.- Venga usted,
Carlotita.

General. Vamos...

Condesa. ¿Qué oigo!

¿Va usted también a bailar?

General. ¿Yo? Un veterano.... ¡y gotoso!

Condesa. ¡Oh! pues donde hay tanta gente
se expondría usted...

- General.* Con todo,
no ha de faltar un rincón
donde...
- Condesa.* No: allí caben sólo
los precisos operarios.
- General.* (¡Voto a briós!)... Señora...
- Condesa.* En otros
aposentos tendrá usted
juego, si gusta, periódicos,
conversación, chimenea...
Porque Carlota supongo
que bailará.
- General.* [*Con poca voluntad.*]
Sí...
- Condesa.* Es muy justo
que luzca su talle airoso.
- General.* Y para eso ¿es menester
condenarme a mí al divorcio?
- Condesa.* No; mas pertenece ahora
a mi sociedad. Por cortos
momentos renuncie usted
al conyugal monopolio.
- General.* Señora...
- Luisa.* La acompañamos
la Condesa y yo. ¿No somos
de fiar?
- General.* Sin duda; pero...
[*Llega por el foro D. Federico.*]

ESCENA XI.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA. EL GENERAL. D. FEDERICO.

- Condesa.* Viene usted muy a propósito,
don Federico.

Federico. [Saludando.] Señoras...

Condesa. El General no está cómodo aquí. Condúzcale usted allá dentro...

General. (¡Hum!...)

Federico. [Ofreciéndole el brazo, que toma de mal talante el *General.*]

Yo me honro...

General. Obedezco la consigna.
(Yo voy a estar en un potro, mas será por poco tiempo: lo juro a Santiago apóstol.)

ESCENA XII.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA.

Condesa. ¡Oh qué hombre! Ni respirar la deja a usted. Tan celoso, tan... Pasará usted con él las penas del Purgatorio.

Carlota. No. Santo lazo nos une, y a su genio me conformo.

Luisa. Es justo. (¡Pobre muchacha!)

Condesa. Pero hace agravio notorio a su mujer el que así la vigila sin asomo de razón...

Carlota. De su flaqueza me aflijo; no me sonrojo; que si falta a mi ventura la confianza de un esposo, de mi conciencia, señora, me conforta el testimonio, y como nacen de amor sus celos, ... se los perdono

- Luisa.* [Acariciándola.]
¡Bien, amiga mía, bien!
- Condesa.* De tanta virtud me asombro
y de tanta discreción
¡Ay! Otros dan en el polo
opuesto, y la desdichada
mujer entre dos escollos...

[*Siguen hablando aparte.*]

ESCENA XIII.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA. EL BARÓN.

- Barón.* (Quien diga que son manjar
ligero, insípido y flojo
las calabazas, se engaña.
Pesando están en mi estómago
las que me dio la Condesa
como si fueran de plomo.
Si otra no me desagracia,
y presto, será un oprobio
para mí... Pero ¿qué veo!
Allí está el lindo pimpollo
que vi esta mañana en casa
de Luisa. ¡Qué cuerpo! ¡qué ojos!...
¡Oh! la invitaré a bailar...
A su lado está ese monstruo
de crueldad... ¡Mejor! Así
verá que yo no me postro
fácilmente.)

[*A Carlota acercándose.*]

Señorita,
si fuese tan venturoso
que bailase usted conmigo...

Carlota. No hay inconveniente.
Barón. (¡Oh gozo!)
Gracias.

[*Música dentro.*]

Ya llegó el momento...
Carlota. [*Tomando el brazo del Barón.*]
Bien.- ¡Ah! el ramo...
[*Uno de flores naturales que llevaba en la mano.*]

Aquí lo pongo.

[*Lo deja sobre un velador.*]
Luisa. [*A la Condesa.*]
¿Vienes tú?

Condesa. Voy a bailar...

[*Vuelve Federico.*]

Luisa. ¡Ah! bien.
[*Al Barón.*]
Déme usted su apoyo.

[*Toma el otro brazo del Barón y los tres desaparecen por la izquierda del foro.*]

ESCENA XIV.

LA CONDESA. D. FEDERICO.

[*Hablan muy rápidamente.*]

Federico. ¿Bailamos?
Condesa. Sí.
Federico. Tengo ya
la prueba que le ofrecí.
Condesa. ¡Cómo!...
Federico. Su rival de usted...

- Condesa.* ¿Quién es?
Federico. Lucinda; la...
Condesa. Sí. ¡Oh bochorno!
Federico. La va a regalar mañana...
Condesa. ¡Cielo!...
Federico. Un alfiler..., él propio
me lo ha dicho, -con su cifra.
Lo verá usted por sus ojos
mañana.
- Condesa.* ¿Dónde?
Federico. En la ópera.
Condesa. No me toca el turno.
Federico. En otro
palco. Cuente usted con él.
Condesa. Sí, sí.
Federico. Allí como en su trono,
creyéndola a usted ausente,
estará muy oficioso
el Conde....
- Condesa.* Basta.
Federico. ¡Qué infamia!
Condesa. ¡Oh!
Federico. ¡Qué falta de decoro!
Condesa. Sí.- Bailemos.- Nadie entienda
que inflama mi sangre tósigo
mortal.
- Federico.* ¡Emilia!
Condesa. ¿Qué digo?
No con amargos sollozos,
sino con júbilo inmenso
debo acoger tan dichoso
desengaño, pues mi dulce
libertad por él recobro.
[Con risa convulsiva.]
Ja, ja... ¡Bailemos!

Federico. ¡Oh Emilia!
Dueño de tanto tesoro
él no lo sabe estimar;
¡y mira usted con enojo
mi fe...

Condesa. No.

Federico. ¿Qué oigo! ¿Podré
amar...?

Condesa. Yo no se lo estorbo
a usted.

Federico. ¡Ah!...

Condesa. ¡Basta! No estamos
entre ciegos ni entre sordos.

Federico. Yo...

Condesa. La música se pierde.
Vamos, ¿o bailo con otro?

Federico. ¡Oh! no.

Condesa. (¡Oh sociedad tirana!
Llevo en mil pedazos roto
el corazón...)

Federico. (Será mía.)

Condesa. (¡Y risa miente mi rostro!)

[*Al retirarse la Condesa y D. Federico por el foro, llega por la puerta de la derecha D. Eusebio.*]

ESCENA XV.

D. EUSEBIO.

¡Gracias, inmenso Poder,
que un breve instante me zafo
de la perdurable Safo
que me diste por mujer!
Como ya en el baile es cero,
aunque dama de alta prez,

jugando está al ajedrez
con un literato huero.
Yo en tanto sigo la pista
de mi amada. Entrar la vi;
luego se detuvo aquí...
No la he perdido de vista.
Fue a bailar, no sé con quién,
y antes sobre aquel bufete
dejó un lindo ramillete...
Este es: no hay otro. ¡Oh mi bien!

*[Se acerca, lo toma, lo besa con precaución, y lo
vuelve a dejar donde estaba.]*

¡Qué hermosa está! ¡Oh maravilla!...
Para mi mayor tormento,
dos veces y tres y ciento
más hermosa que en Sevilla.
¡Oh Cielo, que mi alma ves
presa de eterno martirio,
tú sabes con qué delirio
me arrojaría a sus pies!-
Perdí por loco de atar
mi terreno Paraíso...
Pero alguna vez, preciso,
nos habremos de encontrar.-
¡Ay cuitado! ¿Y para qué,
si de otro es ya dulce prenda?-
Mas temo que se sorprenda
si de improviso me ve.
¿Cómo haría...? ¡Ah! La memoria
que guardo de su ternura,
y hoy me cubre de amargura,
si antes de gozo y de gloria...
Esta pulsera, que ufano
[La saca del pecho.]

recibí de mi ángel bello
porque del propio cabello
la tejió su linda mano;
único bien que me resta
de tanta ilusión perdida
desde la amarga partida
a los dos quizá funesta,
la servirá de reclamo...
Supondrá que estoy aquí
luego que la vea... Sí.
La pongo en el mismo ramo.

[*Lo hace.*]

Perfectamente se ajusta.

[*Mostrando la puerta de la derecha.*]

Bien. Desde allí observaré
después el efecto...

[*Dejando el ramo sobre el velador y volviendo de pronto la cabeza.*]

¿Eh?

Nadie. ¡Mi sombra me asusta!

[*Cesa la música.*]

Cesó el baile.- Aquí otra vez
vendrá... ¿Y la otra? ¡Ay! si lo sabe...
Volvamos antes que acabe
la partida de ajedrez.

[*Vase por la puerta de la derecha y al mismo tiempo aparecen por el foro Carlota y el Barón, de bracero.*]

ESCENA XVI.

CARLOTA. EL BARÓN.

Barón. ¡Qué bien baila usted! ¡Oh!... ¡Y ágil...!
Pesa menos que una guinda.

- Carlota.* No tal.
- Barón.* ¡Y elegante! ¡y linda!
- Carlota.* Gracias.
- Barón.* (¡Me flechó! ¡Soy frágil!)
- [*Soltando el brazo del Barón y acercándose al velador.*]
- Carlota.* Mi ramillete...
- Barón.* (¡Hechicera!)
- [*Lo toma y se lo da.*]
Tome usted; mas su fragancia
es en usted redundancia.
¿Flores a la primavera?
- Carlota.* Estimo...
- [*Viendo la pulsera.*]
- ¡Ah!
- Barón.* ¿Qué es eso?
- Carlota.* Nada.
- (La pulsera... ¡El!... ¡Está aquí!...)
- Barón.* (Suspiró... ¿Será por mí?)
- Carlota.* (¡Dios mío!)
- Barón.* (Está atribulada.)
- ¡Hermosa!
- Carlota.* [*Sin oír al Barón y contemplando el ramo.*]
(¡Oh grato recuerdo!...)
- Barón.* (Calla, en el ramo se embebe
y ni a mirarme se atreve...
¡Me ama! ¡Sí, sí! El juicio pierdo.)
Un mismo dardo a los dos...
- Carlota.* [*Volviendo de su arrobamiento.*]
¡Ah! (Este importuno... Quisiera
guardarla sin que él lo viera...)
Permítame usted...

[Da un paso en dirección del foro y al mismo tiempo lo atraviesan de derecha a izquierda Micaela y D. Eusebio.]

¡Ay Dios!

[Retrocede, vacila algunos instantes, y se desmaya, sosteniéndola en sus brazos el Barón. El ramo cae al suelo.]

Barón. ¡Señorita!
Carlota. ¡Ay!... Yo... fallezco.
Barón. Se ha desmayado... ¡No hay más!
¡Y de amor! ¡Cielo!, me das
más de lo que yo merezco.
En un cuartito de hora
¡tiene el vals tanto poder...
¡Aquí quisiera yo ver
a la altiva senadora!...
No vuelve de su desmayo.
Llamaré...

ESCENA XVII.

CARLOTA. EL BARÓN. EL GENERAL.

General. (Basta de juego.
Buscaré a Carlota, y luego...
Pero ¿qué veo! ¡Mal rayo...
En brazos de un hombre está!
[Acercándose apresurado.]
¡Apártese el mequetrefe!
Barón. Mire usted, y no me befe.
Se privó...
General. (¿Lo fingirá?)
[Relevando al Barón.]

¡Venga! Mío es este censo.-

La apoyaré en esta silla.

[La sienta en una y la sostiene.]

Toque usted...

[Con voz de trueno al Barón, que aturdido se acercaba a Carlota.]

¡La campanilla!

Barón. ¡Ah! sí.

General. A ella, ¡ni por pienso!

[El Barón tira del cordón de la campanilla.]

ESCENA XVIII.

CARLOTA. EL GENERAL. EL BARÓN. LUISA. LA CONDESA.

D. FEDERICO.

Condesa. ¿Quién da voces? ¡General!

Luisa. ¡Carlota!

Federico. ¡Barón!

Condesa. ¿Qué es esto?

Luisa. ¡Accidentada!

[Luisa y la Condesa acuden a socorrer a Carlota: aquélla la abanica; esta le da a oler su pañuelo.]

Barón. *[A una camarera, que acude por la puerta de la izquierda.]*

¡Agua presto!

[Vase corriendo la camarera y pocos momentos después vuelve con agua.]

Condesa. ¿Y cuál fue la causa?

General. ¿Cuál?

Que hable ese caballerito;
este raptor depravado...

- Barón.* [En su voz natural.]
Perdone usted: no he pensado...
- General.* [Con voz estentórea.]
¡A mí no se me alza el grito!
[Acuden algunos convidados de ambos sexos.]
- Luisa.* ¡Por Dios...
- Barón.* Quien grita es usted:
yo...
- Condesa.* Parece que respira.
- Luisa.* ¡Carlota!
- Carlota.* ¡Ah!
- General.* Bramo de ira.
- Luisa.* ¡El agua!
- [Toma uno de los vasos que la camarera ha traído en una bandeja.]
- Carlota.* [Incorporándose.]
No tengo sed.
- Luisa.* No importa.
[Bebe Carlota.]
- Federico.* [Aparte con el Barón.]
¿Qué novelesco lance...?
- Barón.* Hablaremos... ¡Me adora!
- Luisa.* [A Carlota, ayudándola a levantarse, dándole el brazo y dirigiéndose con ella a la puerta de la izquierda.]
Alza.- Ven conmigo ahora a respirar aire más fresco.
- Carlota.* (¡Ah!) Sí.
- General.* ¿Adónde...?
- Luisa.* [Con gravedad.] Va conmigo.
- General.* Bien.

[*Al retirarse Luisa y Carlota por la puerta de la izquierda llega por la de la derecha el Conde.*]

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL GENERAL. EL BARÓN. D. FEDERICO.
EL CONDE. MICAELA. D. EUSEBIO. DAMAS. CABALLEROS.

Conde. [A D. Federico que le sale al encuentro.]
¿Qué ha habido aquí?

Federico. No sé.

[*Hablan aparte.*]

General. En tanto, yo ajustaré
mis cuentas con este amigo.

Barón. Yo...

Condesa. [A *General.*]

Cálmese usted, le ruego.

[A los curiosos.]

Señores, no ha sido nada...

Micaela. [Llegando con D. Eusebio por la puerta del foro.]
¿Dónde está la desmayada?

Condesa. [A D. Federico en voz baja.]
Que toquen *redova*⁴⁶; ¡luego!

[*Vase corriendo D. Federico por el foro. Una de las damas indiferentes figura informar de lo ocurrido a Micaela.*]

¿Qué tiene de singular
un desmayo...? Ruego a ustedes...

46. **Redova.** 'Danza popular checa o polaca, de compás ternario y movimiento bastante rápido, aunque menos viva que la mazurca'. Es voz que llega al español a través del francés *redowa*, que la toma del checo *rejdováč*, derivado de *rejdovati* 'dar vueltas'. (DCECH, op. cit.)

[*Los curiosos se van retirando por el foro.*]

General. [*Paseándose encolerizado.*]
(Yo le diré al Ganimedes⁴⁷...)

[*Suena la música.*]

Condesa. ¡Ea, a bailar, a bailar!

[*Desaparecen del todo los curiosos y vuelve a la escena D. Federico.*]

ESCENA XX.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. EL BARÓN.
D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

General. [*Al Barón.*]
Vamos, pues, a nuestro asunto.
Sepamos...

Condesa. No es para ahora
ni aquí el tratar...

General. Sí, señora.
El llanto sobre el difunto.

Barón. Veníamos ella y yo
de valsar...

General. ¡Valsar!... Bien, sí.
¿Y por qué venir aquí?
¿y por qué se desmayó?

Barón. Dejó aquí un ramo de flores...

Condesa. Cierto

Barón. Y a buscarlo vino.-
Por lo que hace al repentino
desmayo...

47. **Ganimedes.** Príncipe troyano, muy hermoso y homosexual, raptado por Zeus y llevado al Olimpo donde fue su favorito y escanciador de las copas de los dioses.

- General.* (Me dan sudores.)
- Barón.* Nuevo Atlante de otro Cielo,
en mis brazos la cogí...
- General.* ¡Voto a briós...!
- Barón.* Si no es por mí,
da de bruces en el suelo.
Lo que otro cualquiera haría,
yo, filántropo, con fe
más viva...
- General.* Yo le daré
a usted la filantropía.
- Condesa.* ¡Señor General!...
- Barón.* Protesto...
- General.* Aquí está el ramo maldito.

[*Lo coge del suelo.*]
- Conde.* (Parece que el Baroncito
ha mudado de bisiesto.)
- General.* ¿Qué veo!... ¡Aquí un brazalete!...
- Eusebio.* (¡Cielos!)
- General.* Ya está usted convicto.
- Barón.* ¡Cómo!...
- General.* ¡*Fragrante delicto!*
- Federico.* (¡Oiga!)
- Barón.* Yo.... si.... El ramillete...
- Micaela.* [*Aparte a su marido.*]
¡Calle!...
- Condesa.* (Esto pica en historia.)
- Barón.* Quizá esa prenda de amor
me iba a dar cuando...
- General.* ¡Oh furor!
- Condesa.* ¡Señor General!
- Barón.* (¡Oh gloria!)
- [*Medita en silencio.*]

- Conde.* [Al General.]
La apariencia nos engaña
muchas veces.
- Eusebio.* (¡Quién creyera...!)
- Condesa.* ¿Será cierto...?
- Micaela.* [Aparte a D. Eusebio.]
¡Una pulsera
en el ramo!... ¡Cosa extraña!...
- General.* [Al Conde.]
Calla... Cavila...
- Conde.* No obstante...
- General.* La conciencia le remuerde.
- Barón.* (¡Es tan linda!... ¿Qué se pierde...?
La Condesa está delante...)
- General.* ¿Habla usted? ¡Oh! ya se apura
mi paciencia...
- Barón.* El accidente
fue casual. Está inocente
esa amable criatura.
Lo primero es su decoro.
- General.* ¡Eh!...
- Conde.* ¿Quién duda...?
- Condesa.* Se supone...
- General.* Eso no quita ni pone...
- Barón.* [Con entusiasmo.]
¡Mi General..., yo la adoro!
¡Ira de Dios...! ¡Y se atreve
a decírmelo en mi cara!
- [El Conde y D. Federico contienen al General.]
- Barón.* ¿Por qué no?
- Condesa.* [Al Barón.] Usted no repara...
[Cierra la puerta del foro.]
- General.* Beberé su sangre aleve.

- Conde.* Está loco.
- Federico.* Algún error...
- General.* ¡Oh! la bilis me rebosa.
- Barón.* Quizá no sea la hermosa
indiferente a mi amor.
- General.* ¡Por vida...!
- Barón.* Quizá a mí
la inclina su simpatía...;
pero ello es que todavía
no me ha dado el dulce sí.
- Condesa.* Mire usted...
- Barón.* No miro nada.
Mi deber de caballero
sabré cumplir.
- General.* Eso quiero.
- Federico.* (Va a hacer alguna trastada.)
- Barón.* Por dicha...
- Conde.* (Yo no concibo...)
- Barón.* Tan sagrada obligación
es grata a este corazón
tierno y comunicativo.-
Soy título de Castilla...
- General.* ¡Eh!...
- Barón.* Soy Barón del Manzano;
y pues a todo me allano
y en mi nombre no hay mancilla,
vuelva a ese pecho la calma...
- General.* ¿Eh?
- Barón.* Y acabe esta contienda...
- General.* ¡Hum!
- Barón.* Dándome usted la prenda
que me ha cautivado el alma.
- General.* [*Fuera de sí y conteniéndole apenas el Conde y D.
Federico. Cesa la música.*]
¡Insolente!

- Micaela.* ¡Petición
singular!
- Barón.* Pero ¿es delito...?
- General.* [A D. Federico pugnando por desasirse.]
¡Déjeme usted! Necesito
tirarle por un balcón.
- Barón.* ¿Puedo hacer más, Dios eterno?
[De rodillas.]
Déme usted la blanca mano
de su hija, padre tirano.
¿Tan malo soy para yerno?
[Los circunstantes no pueden reprimir la risa.]
- Macaela.* ¿Padre!
- Conde.* ¡Alce usted, temerario!
[Al General.]
Su error se ha mostrado ya.
- Barón.* Es que si no me la da,
la saco por el vicario.
- Condesa.* ¡Eh! basta.
[Al General.]
Es un aturdido.
[Al Barón.]
No es su padre.
- Barón.* ¡Ah! ¿No es usted
padre...
- General.* ¿Qué padre ni qué
demonio? ¡Soy su marido!
- Barón.* [Cortado.]
¡Perdón!... Con mucha salud
lo sea usted... Me engañó

la... (¡Soy fatal!) ¿Qué sé yo...
La inverosimilitud.

*[Nuevo movimiento amenazador del General
contenido por el Conde.]*

No es decir que usted no sea
digno... (estoy estupefacto)
del nudo... En fin, me retracto
delante de esta asamblea.
Yo ignoraba... Un *quid pro quo*⁴⁸...
Hay ilusiones que engríen...
¿Lo ve usted? Todos se ríen...
Ría usted también..., ¡y yo!

[Hace por reírse.]

Abur. Aquí no se valsa...

[Al General.]

Conque nada de anatema,
¿eh?- Soy de ustedes.

*[Mirando de reojo a la Condesa al marcharse por el
foro.]*

(Me quema
con esa risita falsa.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. D. EUSEBIO.
D. FEDERICO.

General. ¡Oiga usted!...

Conde. No más querella,
pues no obró de mala fe.

48. *Quid pro quo*. 'Error por confusión de una cosa por otra'.

Condesa. (¡Gracias a Dios que se fue!
Ahora acudamos a ella.)

ESCENA XXII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

Conde. Es dar sobrada importancia
a esos muñecos de feria
el tomar por cosa seria
su risible petulancia.

General. Siempre es serio para mí,
que tengo el alma en su puesto,
lo que afecta a mi honra; y esto
no se ha de quedar así.

Micaela. A una joven verecunda
creyó ofrecer alma y vida,
núbil sí, pero no uncida
a la marital coyunda.
Así pues...

General. ¡Vaya al infierno!
Mataría yo a una hija
antes que tal sabandija
consiguiera ser mi yerno.

Micaela. [En voz baja a D. Eusebio, mientras hablan aparte
con el General el Conde y D. Federico.]
Mira lo que es un enlace
desigual. ¡Pobre señor!
siempre en continuo terror...

General. Pero mi mujer ¿qué hace?

Conde. Adentro... (¡Ahora me alborota
la casa otra vez!)

General. Entremos...

Conde. Bien; pero ¡nada de extremos!
Calma...

ESCENA XXIII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. D. FEDERICO. D. EUSEBIO.
LA CONDESA.

Conde. ¿Dónde está Carlota?

Condesa. No hay cuidado.

General. (¡Horrible noche!)

Conde. (Sobre él va ahora el nublado.)

Condesa. Se repuso, y se ha marchado.

General. ¿Con quién?

Condesa. Con Luisa en su coche.

Eusebio. (¡Ah!)

General. ¿Qué desorden es este?

Pero, ya se ve, en la corte
estamos, y aquí el consorte
es un cero, un... ¡Mala peste!...

Condesa. Como estaba usted furioso...

Conde. Por precaución...

General. ¡Voto a san...

¿Piensan ustedes que están
tratando con algún oso?

En mis afectos vehemente,
ocultarlos tengo a mengua
y nunca dice mi lengua
lo que el corazón desmiente;
mas no es tal mi vandalismo
que ignore, aunque jure y riña,
lo que se debe a una niña,
lo que me debo a mí mismo.
No dudo de su honradez;
mas si otra fuese mi estrella,
no me vengaría en ella
como un villano soez;
que nunca mi frenesí
será tanto -lo sé bien-

que hiera alevoso a quien
no me pueda herir a mí,
y es ley de honor temeraria
lavar con mano homicida
la afrenta no merecida
con la ruindad voluntaria.

Conde. Esa máxima es la mía,
y sin pecar de celoso...

General. Yo sí...

Condesa. (¡Qué alma! A ser mi esposo
creo que le adoraría.)

General. No concibo amor sin celos,
como no sea el amor
que tendrán al Criador
los ángeles de los Cielos;
y con inmensa ternura
a mi mujer quiero yo;
que para algo nos echó
las bendiciones el cura;
ni yo soy, ni puedo ser,
ni hay fuerzas que a ello me venzan,
de aquellos que se avergüenzan
de adorar a su mujer.

Condesa. (¡Oh Dios mío!)

Eusebio. (¡Oh justo cielo!)

General. Libre ella, libre yo fui
cuando nos dimos el sí
y nos cubrió el santo velo;
y no adquirimos la gracia
de ser el uno del otro
para gemir en el potro
de la yerta diplomacia;
y es natural y evidente
que la mujer que elegí
la quiera yo para mí;

para mí exclusivamente.
No es mucho con tal belleza
que me la codicie alguno;-
ni que al galán importuno
le rompa yo la cabeza.-
Nada de esto es de buen tono;
mas yo no supe jamás
remedar a los demás;
que soy hombre; no soy mono.
Muchos se reirán de mí;
pero huyendo de Castilla
diré a la torpe cuadrilla
que suele afrentarla así:
si cede a embates tan recios
el hombre sencillo y probo;
si han de dominar el globo
tunos, coquetas y necios,
prefiero la soledad
del valle, el monte y la selva.
¡Adios! No esperéis que vuelva.
¡Dios salve a la sociedad!

[Se retira apresurado: la Condesa y el Conde hacen un movimiento para detenerle, pero en vano; cada interlocutor muestra en su rostro y ademanes, según su carácter respectivo, la viva impresión que le han causado los últimos versos; toca dentro la música y cae el telón.]

ACTO TERCERO

Jardín con arbolado en casa de Luisa. A la derecha de la fachada interior de la casa, con dos pisos, persianas en ambos y la puerta que da al jardín: al mismo lado una mesa rústica y a su inmediación asientos de la misma clase: adornos de jardín a izquierda ad libitum: arboleda en el foro, que se extiende de una línea de bastidores a la otra y en el último término una verja abierta.

ESCENA I.

LUISA. LA CONDESA

[Aparecen besándose. La Condesa acaba de entrar.]

Condesa. No dirás que no te quiero
cuando vengo de trapillo
a tu casa.

Luisa. Aunque en el alma
tu puntualidad estimo,
por tu interés te he llamado,
Emilia; no por el mío.

Condesa. Convidados nos tenías
a almorzar a mi marido
y a mí para hoy...

Luisa. Es cierto,
y al señor don Federico,
y a Micaela y su esposo
y al bolsista consabido.
Tengo huéspedes en casa.
Con tan plausible motivo...

Condesa. Ya comprendo; pero si antes
de una hora era preciso

el vernos, ¿por qué me llamas
con urgencia...? ¡Ah! ya adivino...
La escena de anoche... Dime:
¿qué es de Carlota? ¿qué ha dicho
el General? ¿se han hablado?
¿se disolverán los vínculos...?

Luisa. No lo sé. No han vuelto a verse.
Con lágrimas y suspiros
que está inocente me jura
Carlota; mas del sombrío
silencio del General,
de su genio tan arisco,
tan suspicaz, tan indócil
nada bueno pronostico.

Condesa. Silvestre es el veterano
y áspero como un erizo,
mas ¡qué corazón tan noble!
Si tú le hubieras oído
anoche...

Luisa. En fin, ya veremos.
Trabajaré con ahínco
por restituir la paz
y la dicha que ha perdido
a ese infeliz matrimonio;
y aun a otro... Hoy me dedico
a obras de beneficencia
conyugal, aunque no aspiro
a la gloria de filántropa,
como el Barón...

Condesa. ¡Qué ridículo
personaje!

Luisa. Mas por ti,
amiga mía, principio,
porque te amo, y porque acaso
necesitas mis servicios
más que otros...

- Condesa.* ¡Soy desgraciada!
- Luisa.* Lo sé; y estás en peligro
de serlo aún más.
- Condesa.* No es posible.
Encenagado en el vicio,
mi marido me abandona;
me sacrifica el indigno
a una infame aventurera...
- Luisa.* Es verdad.
- Condesa.* Seré el ludibrio
de la corte.
- Luisa.* Lo serás
si no oyes, Emilia, el grito
de tu deber y la voz
de tu amiga.
- Condesa.* No concibo...
- Luisa.* No me engañes ni te engañes
a ti misma. Ya conmigo
es ocioso el disimulo.
Las culpas de un fementido
consorte podrán herir
tu amor propio y ser suplicio
de tu corazón; podrán
sellar tu rostro marchito
con la huella del dolor;
pero alzar podrás altivos
los ojos; que sólo humillan
infortunios merecidos.
Mas si oyes las sugerencias
del orgullo, y en inicuo
pacto venganza y lisonja
rompen como frágil vidrio
el escudo de tu honor,
¡ay de ti! La suerte quiso
que para nosotras fuese

en semejantes conflictos
menos triste y dolorosa
la impunidad que el castigo.

Condesa.

¡Buen Dios!

Luisa.

Sosiegate, Emilia.

Por dicha, los extravíos
de un marido no son siempre
irreparables. Yo insisto
en que el Conde todavía
guarda en su pecho vestigios
del amor que le inspiraste.
Vela por ti mi cariño
desde ayer, y a Su Excelencia
preparo un golpe imprevisto
que a ti te vengue, y acaso
le corrija a él.

Condesa.

¡Dios mío!

¿Será posible...? ¡Ah! te engaña
la amistad...

Luisa.

No. Pero exijo

de ti...

Condesa.

Pídeme la vida...

Luisa.

No es tan grande el sacrificio.
Hay un seductor protervo
que con máscara de amigo
proyecta tu perdición...

Condesa.

No tal. ¿Quién...?

Luisa.

Don Federico.

No me lo niegues. Sagaz,
perseverante y asiduo,
de los excesos del Conde
que halaga quizás él mismo,
de tu mujeril flaqueza...;
de todo saca partido.

Condesa. No temas. Le oigo... y no más.
Yo evitaré un compromiso...

Luisa. Me ama; es verdad; pero yo...
Tú amas sólo a tu marido;
y de tus celos, no obstante,
el desgarrador martirio,
si mi consejo no tomas
te arrastrará al precipicio.

Condesa. ¡Luisa!

Luisa. Es forzoso, es urgente
hacer levantar el sitio.

Condesa. ¿Cómo...?

Luisa. Con un pasaporte,
pero en regla, al enemigo.

Condesa. ¿Y qué pretexto daré...?

Luisa. ¿Pretexto! ¿Estás en tu juicio?
¡Pretexto para alejar
de tu lado a un libertino
que fragua tu deshonor!

Condesa. Para él no lo necesito;
mas querrá saber el Conde
por qué causa le despido;
y ni a callar la verdad
ni a decirla me resigno;
que con callarla me culpo
y con decirla me humillo.

Luisa. Disculpo en tu situación
tan singular raciocinio,
y mejor será que sola
me dejes mover los hilos
de mi trama, por tu bien
urdida. Sólo te pido
que te dejes conducir
al puerto cuando propicio
sople el viento.- Pero el tiempo

se pasa, y aunque muy lindo,
tu modesto *négligé*⁴⁹
no conviene a mis designios.
A la más alta hermosura
no perjudica el auxilio
del tocador.

Condesa. ¿Tocador
para él? ¡Tiempo perdido!

Luisa. No tal.

Condesa. Volveré a mi casa...

Luisa. Es inútil. Yo he provisto
a todo.- Sube a mi cuarto.-
Al momento soy contigo.

ESCENA II.

LUISA.

¡Cuánto será mi placer,
buen Dios, si hoy los reconcilio...
Sí, lo espero.- Mas ¡la pobre
Carlota... ¡El pobre Merino...!
Difícil es... ¡Oh Himeneo!
¿Qué mucho si envilecido
te ves, cuando tantos votos
necios, fatales, sacrílegos
se pronuncian en tus aras?
Venturosa yo, bendigo
tus lazos; mas contagiada
no estoy del vil egoísmo
que corrompe y gasta y pierde

49. *Négligé*. 'Traje sencillo, llevado por la mujer dentro de casa'. Emplean esta palabra (con algunos cambios en sus rasgos distintivos) Larra, Flores o Mesonero. Bretón la utilizó también en *El pelo de la dehesa*, *¡Por una hija!* y *La hermana de leche*. Viene del francés *négligé*.

la sociedad en que vivo,
y mi corazón...

ESCENA III.

LUISA. MARTÍN.

Martín. [Viniendo de la casa.]

Señora...

Luisa. ¿Qué hay?

Martín. Guillén pide permiso...

Luisa. ¡Ah! sí, el criado del Conde...

Voy...

[*Martín vuelve a entrar en la casa. Déjanse ver hacia la izquierda del foro en dirección al proscenio el General y Micaela.*]

Por entre aquellos tilos
en animado coloquio
a Micaela distingo
y al General; vendrá el Conde,
y arriba... El Cielo benigno
nos alumbre a mí y a todos
en tan ciego laberinto.

ESCENA IV.

MICAELA. EL GENERAL.

General. Sí, señora, ella es honrada
y el Barón un zascandil;
mas se verá bloqueada
de otros ciento y otros mil.
En continuo sobresalto
viviré con tal jauría;
que a un asalto y otro asalto
Gibraltar se rendiría.

- Micaela.* ¡Eh! destierre usted del alma
tan siniestro vaticinio;
que si pierde así la calma
es seguro su exterminio.
Cierto es que en este Madrid
hay mil riesgos, mil escollos,
y es muy desigual la lid
con una legión de pollos;
pero obrando con cordura...
Lo malo es..., y no me riña
usted si hablo con lisura...
- General.* ¿Qué?
- Micaela.* Que ella sea tan niña.
- General.* ¡Niña! La que no lo fue
para el propio bienestar
¿lo será para la fe
que me juró en el altar?
¡Niña! Cuando esa hermosura
mi mano aceptó y mi lecho
¿le puse yo por ventura
algún puñal en el pecho?
¡Y esto saca a colación
la que con tal regocijo
dio su albedrío a un garzón
que pudiera ser su hijo!
- Micaela.* Me lleva usted doce o trece
octubres, y no se asombre...
- General.* ¡Eh! la mujer envejece
veinte años antes que el hombre.
- Micaela.* Sí, la que sólo es bonita
pronto en el olvido yace;
mas la mujer erudita...
- General.* Es vieja desde que nace.
- Micaela.* ¡Blasfemia! A la poesía
la senectud nunca embiste.

- Aún pintan moza a Talía⁵⁰,
y ha treinta siglos que existe.
General. ¡Delirios! ¿Qué privilegio
da Apolo ni su academia...
Micaela. Mi...
General. Usted será del colegio.
Micaela. Yo...
General. Es general la epidemia.
Micaela. ¡Bah! yo mi vida no abrevio
con tan funesto presagio.
Mi amante y leal Eusebio
se librá del contagio.
General. ¿Cómo no está por aquí?
Micaela. A cobrar fue una libranza...
Pero no vive sin mí...
General. ¡Hum!
Micaela. Vendrá aquí sin tardanza.
General. Aflójele usted la rienda
y algún día llorará...
Micaela. Sujete usted a su prenda,
y el diablo la soltará.
General. ¡Ay! el diablo nos azora
en la puente y en el vado,
porque el mal está, señora...
Micaela. ¿En qué?
General. En habernos casado.
Micaela. Yo...
General. Perdida, ¡oh cielos! anda
por aldeas y ciudades
la institución veneranda
de que ambos somos cofrades.
Ni vale a un triste consorte

50. Talía. La Musa de la Comedia. Vid. también *Marcela*.

que en nobleza y en caudal
exceda y en gala y porte
al preferido rival.

Y si en el florido Mayo
a tantos llega su vez,
¿cómo librarse del rayo
la desolada vejez?

Micaela.

(¡Me hace temblar!)

General.

No es mentira:

parece obra del demonio
según el mundo conspira
contra el santo matrimonio.
Nunca falta un ciudadano
que audaz nos ronde la puerta,
¡y nunca hay un buen cristiano
que del riesgo nos advierta!
¿Qué mucho? ¡La propia fama
pende de ajeno desliz,
y ridículo se llama
al que sólo es infeliz-
El espíritu celebran
de asociados muchas gentes...;
¡no los cuitados que quiebran
por crédulos e inocentes!
Mi razón no lo recusa,
aunque por acá no pruebe;
pero de todo se abusa
en el siglo diecinueve.
Por todas partes pululan
las empresas de seguros,
y unas a otras se estimulan
para sacarnos de apuros.
Seguros contra granizos,
y en pro de vidas y haciendas,
y de méritos postizos

que husmean ricas prebendas:
seguros hay de valor
entre cuatro fanfarrones,
y aun de probidad y honor
entre esbirros y ladrones:
seguros para el talento,
que en la corte de Castilla
dan diploma de jumento
al que no es de su pandilla;
y en fin- ¡tiempos corrompidos!-
la sociedad que se ve
más en su auge, ¡ay!, es la de...
seguros contra maridos.

Micaela. Sí, por desgracia es muy cierto;
cunde demasiado el mal,
y aunque yo estoy a cubierto
de tan recio temporal,
si no obra Dios un portento
en favor del Catecismo,
al séptimo sacramento
amenaza un cataclismo.
La corrupción inmoral
triunfa; la virtud emigra...
¡Al arma, mi General!
¡El matrimonio peligra!-
Mas me ocurre un pensamiento
luminoso, singular...

[Viendo aparecer a Luisa por la puerta de la derecha.]

¡Ah! ¡Luisa! En mejor momento
no pudiera usted llegar.

ESCENA V.

MICHAELA. EL GENERAL. LUISA.

Luisa. [Acercándose.]
¿De qué se trata?

Micaela. Se trata
de nuestra causa común.
¡La inspiración me arrebató!
¿Cuento con usted?

Luisa. Según.

Micaela. Vista la guerra insolente
y el osado merodeo
de que es víctima inocente
la coyunda de Himeneo;
visto que gente baldía
contra nosotros se asocia
y como vil mercancía
con nuestra mengua negocia;
y, romano o visigodo,
no hay fuero que la escarmiente,
porque siempre encuentra modo
de cubrir el expediente;
pues, rota al pudor la valla,
el que es sabedor del fraude
o alza los hombros y calla,
o tal vez ríe y aplaude;
visto, en fin, que no hay poder
que sin apoyo se ejerza;
pues se sabe, y no de ayer,
que en la unión está la fuerza;
ya que contra la hermandad
los libertinos impuros
han formado sociedad
de recíprocos seguros,
asociémonos también,
y no haya tregua ni canje.
¡Veremos quién vence a quién,
falange contra falange!

General. ¿Esa es la feliz idea?

Micaela. Sí, unamos nuestros destinos
y a tan augusta asamblea...

- General.* No diga usted desatinos.
- Micaela.* ¡Desatino una pragmática
que salve a la gran familia
con la doctrina homeopática
del *similibus similia!*
¡Desatino un teorema
en que aplico al Himeneo
y al celibato el sistema
del equilibrio europeo!
- General.* No hay pragmática que importe
ni teoría nueva o vieja
si ve o recela un consorte
que le vende su pareja.
Fuente de males eternos
fuera ese vano equilibrio,
que acabaría de hacernos
mofa del mundo y ludibrio.
¡Seguros! ¿Quién tal pensó?
Para el que caiga en la red
dos caminos veo yo,
y ninguno es el de usted.
O cortar con fuerte mano
el nudo del matrimonio,
como hizo con el gordiano
aquel bravo macedonio;
o cerrar a la evidencia
los ojos y los oídos
y llevarlo con paciencia
como hacen tantos maridos.
- Luisa.* ¡Oh! no diga usted locuras.
Carlota le guarda fe.
¿A qué soñar desventuras
cuando...

General. Quizá soñaré;
mas Madrid me tiene en vilo,
señora.

Luisa. ¡Es posible!

General. Sí,
y yo no estaré tranquilo
hasta que salga de aquí.

Luisa. No es tan perversa la corte
como...

General. ¡Sí!- Voy ahora mismo
a pedir un pasaporte.
Me condeno al ostracismo.
Aquí no vive un casado;
aquí... Me daré de baja...

Luisa. ¿Cómo...?

General. Renuncio al Senado;
y si es preciso, a la faja.

Micaela. ¿Y deja usted a la bella
Carlota...

General. ¿Dejarla? ¡No!
Pues ¡eso quisiera ella!
Irá adonde fuere yo.

Luisa. ¿Y adónde irá usted...?

General. No sé...
Muy lejos: a Filipinas...
No; allí hay población. Me iré...
a las islas Chafarinas.

ESCENA VI.
LUISA. MICAELA.

Luisa. ¡General!

Micaela. ¡Pobre intelecto!
Ese hombre es una marmota.
Pues ¿no es mejor mi proyecto...?
¿Eh?

Luisa. [Sin prestar atención.]
Cierto. (¡Infeliz Carlota!)

Micaela. Voy, voy a extender las bases
arriba sin dilación.
Con permiso...

[Para sí y entrando en la casa.]

Cuatro frases
por vía de introducción...

ESCENA VII.

LUISA

Aquel se va furibundo,
esa a escribir disparates,
el otro... Vamos, el mundo
es una casa de orates.

ESCENA VIII.

LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. [Apareciendo por la puerta de la derecha.]
¡Luisa!

Luisa. ¡Oh don Luciano!

Luciano. Estoy
en grande. Recibirá
muy en breve Su Excelencia
su pasaporte formal,
si ya no lo ha recibido.

Luisa. ¿De veras? Muy eficaz
ha sido usted. ¿Y se trata
de despedida verbal...?

Luciano. No; por escrito. Yo propio
dicté la carta.

Luisa. ¡Eso más!

Luciano. Sí; soy ya en aquella casa
un autócrata, un sultán.
¡Se ha lucido el señor Conde!
Con toda su vanidad
¡verse...! A usted debo mi triunfo,
y gracias le vengo a dar...

Luisa. No a mí; al oro...

Luciano. No me hubiera
ocurrido a mí jamás
la idea... ¡Ah! también, Luisita,
aunque lo siento en verdad,
vengo a suplicar a usted
que no me espere a almorzar.
Me convida la limeña...

Luisa. ¿Sí? (Caro te costará.)
¡Gran fineza!

Luciano. Es muy rumbosa.
Yo le voy a regalar,
a fuer de hombre agradecido,
el precioso *Charabán*⁵¹
que recibí de París
hace ocho días, y un par
de yeguas anglo-sajonas
que valen un dineral.

Luisa. ¡Bravo! Pero mire usted
que en breve se arruinará
si prosigue...

Luciano. No hay cuidado.
Gastará la cantidad
para este fin presupuesta,
y fuera de ella ni un real.

51. **Charabán.** 'Coche de caballos, alargado y ligero, con dos o más filas de asientos, por lo general descubierto.' Es voz tomada del francés *Char-à-bancs* 'carro con bancos' y que puede leerse también en Mesonero.

Luisa. Siendo así... Conque ¿hasta en eso calcula usted...?

Luciano. Claro está.
O soy hombre de negocios,
o no lo soy.- Además,
necio fuera en arruinarme
por un capricho fugaz.
Ha podido la criolla
mis sentidos fascinar;
pero el corazón... ¡Ay! ése...

Luisa. [Interrumpiéndole.]
Almorzará usted allá
mejor que aquí, y estaremos
todos con más libertad!

Luciano. ¡Con más libertad!

Luisa. Sí; el Conde
va a ser hoy mi comensal.

Luciano. ¡Oiga!

Luisa. Y para ambos sería
desagradable manjar
la presencia...

Luciano. Yo no temo
ver cara a cara a un rival.

Luisa. Pero a mí no me está bien
que haya en mi casa lugar
a escenas... Por otra parte,
también Emilia vendrá...

Luciano. ¡Ah!

Luisa. Ya ve usted... Y otros dos
matrimonios...

Luciano. ¿Cuáles! ¡Ah!

Micaela y don Eusebio,
Carlota y el General.

Luisa. Y yo también soy casada.

Luciano. ¡Ah!... Cierto. ¡Es particular!
¡Un congreso de casados! .

Luisa. Sí, una fiesta conyugal.
en la cual sería usted
profano.

Luciano. ¿Sí?

Luisa. Tengo un plan...

Luciano. ¡Un plan...!

Luisa. Ni a usted le conviene
roce tan perjudicial...

Luciano. Sí, sí; evitemos el riesgo
de que me tiene Satán
a entrar en la cofradía
y a ser... Abur.

[*Se va por la casa.*]

ESCENA IX.

LUISA.

¡Lo serás!
Justamente entre los necios
que yo conozco no le hay
de un corte más a propósito
para esa calamidad.

ESCENA X.

LUISA. EL BARÓN.

Barón. [*Llegando por el foro.*]
¡Amable Luisa!

Luisa. ¿Quién llega?
(¡El Barón! Otro que tal.
¿Cómo se atreve...?)

- Luisa.* (¡Botarate!) Pues con él
no es fácil capitular.
- Barón.* ¡Ba, ba!
- Luisa.* Ha jurado cortarle
a usted las orejas.
- Barón.* ¡Bah!
- (¡Zape!)
- Luisa.* Y aun si fuera él solo...
¡Huya usted de aquí, hombre audaz,
hombre peligroso!
- Barón.* ¡Calle!...
- ¡Peligroso!...
- Luisa.* ¿Dónde está
la filantropía?
- Barón.* Pero,
si no es solo el General,
¿Quién es... el otro...
- Luisa.* El marido
de Emilia.
- Barón.* ¡El Conde!
- Luisa.* Pues. ¡Ay!
todo lo sabe.
- Barón.* ¿Sí? Y ella...
- Luisa.* ¡Otra víctima fatal!
Y hoy viene a almorzar aquí...
- Barón.* ¿El, o ella?
- Luisa.* Ambos a la par...
Líbreme usted de un conflicto...,
dos conflictos...; ¡tres quizá!
- Barón.* ¿Tres? Pues ¿cuál es el tercero?
(¡No es nada de ayer acá
lo que he crecido!) ¿Cuál es...
- Luisa.* No sé; pero si mi paz
le interesa a usted...

Barón. (¡Ay, ella también! Un terno cabal.)
Luisa. Váyase usted pronto, pronto.
Barón. ¡Oh Luisa!...
Luisa. Siento parar un coche...
Barón. ¡Adiós!- ¿Por la verja?
Luisa. ¡No!
[Mostrándole la puerta interior.]
Por allí.
Barón. ¡Adiós!...
Luisa. ¡No más!
Barón. (¡Soy peligroso!... De gloria no quepo en la capital.)

ESCENA XI.

LUISA.

¡Gracias al Cielo! Un estorbo menos.- El Conde será...

[Aparecen por el foro el Conde y don Federico.]

Cierto, con su fiel Acates⁵².
¡No me dejan respirar!

ESCENA XII.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO.

Luisa. Muy bien venidos, señores.
Conde. Luisa...
Federico. Señora...
Luisa. (¡Ahora es ella!)

52. *Acates*. Amigo fidelísimo de Eneas, el héroe troyano.

Conde. ¡En el jardín y tan bella!
Tendrán envidia la flores.
Luisa. ¡Siempre galante!
Conde. ¿Qué tal
desde anoche?
Luisa. Bien.
Conde. ¿No ha habido
consecuencias...? No me olvido
del bueno del General.
Luisa. Por ahora hay paz.
Conde. ¿Y dónde...?

ESCENA XIII.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO. MARTÍN.

Martín. Señora...
Luisa. ¿Qué hay?
Martín. Un criado
este billete me ha dado...
Luisa. [Tomándole y viendo el sobre.]
Es para usted, señor Conde.
[Le da el billete.]
Martín. [Al Conde.]
Estuvo en casa de ausencia...
Conde. Ya hace rato que salí.
Martín. Y le dijeron que aquí...
Conde. Cierto. (Es de ella.) Con licencia...

ESCENA XIV.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO.

Luisa. Voy...
Conde. ¿Se va usted? No es razón...
Luisa. Tengo que hacer... Vuelvo al punto.
(Por si es lo que yo barrunto
estaré en observación.)

ESCENA XV.
EL CONDE. D. FEDERICO.

- Conde.* [Abriendo la carta.]
Es de Lucinda; que ya
su letra me es conocida.
Se mostrará agradecida
al obsequio...
[Lee para sí.]
- Federico.* Claro está.
- Conde.* [Representando y leyendo alternativamente.]
¿Qué es esto?
- Federico.* ¿No es de ella?
- Conde.* Sí.-
Me despide con rigor.-
Cierra su puerta a mi amor...
- Federico.* ¡Cómo!...
- Conde.* Estoy fuera de mí.
¿No soy el mismo de ayer?
- Federico.* (¡Luciano!...)
- Conde.* ¡A tanto se atreve...!
Me vengaré.
- Federico.* Eso es aleve.
- Conde.* Mas ¿cómo...? ¡Oh rabia! ¡Es mujer!
- Federico.* Cierto. (No sería malo
que un nuevo escándalo diese.)
- Conde.* [Estrujando la carta.]
¡Si yo al rival conociese
a quien debo este regalo!...
- Federico.* Quizá... (Perdone el bolsista.)
- Conde.* ¿Eh?
- Federico.* De uno sospecho yo...
- Conde.* ¿Quién?
- Federico.* No ha mucho se jactó
de haber hecho esa conquista.

Conde. [Furioso.]
¿Quién?
[En voz baja viendo que vuelve Luisa.]
¡Silencio!
[Guarda la carta.]

ESCENA XVI.
EL CONDE. D. FEDERICO. LUISA.

Luisa. Señor Conde,
hablarle a usted me es preciso
a solas, si da permiso
el señor de Vaamonde.

Conde. ¿Qué ocurre?

Federico. Con mucho gusto.

Conde. Soy con usted al instante.

Federico. Soliloquiaré ambulante
entre la flor y el arbusto.

ESCENA XVII.
LUISA. EL CONDE.

Luisa. La franqueza es mi divisa.
Conde. Oiga usted sin enojo
lo que a decirle me arrojó...
con hartito disgusto.

Conde. ¡Luisa!

Luisa. Lo sé todo. Es vano intento
negarme usted...

Conde. ¿Qué razón...?

Luisa. Yo veo su corazón,
yo leo su pensamiento.
Desdeñoso hasta el insulto
con Emilia...

Conde. ¡Yo!...

- Luisa.* Sí tal.
A una hermosura venal
daba usted indigno culto.
- Conde.* ¡Yo...! ¿Quién...? (Estoy en un potro.)
- Luisa.* Y ella por vil interés,
obrando como quien es,
le ha dejado a usted por otro.
- Conde.* (¡Perfida!)
- Luisa.* Y a usted le espanta
lo que ya esperar debía,
y desafiar quería
al necio que le suplanta.
- Conde.* ¡Señora!...
- Luisa.* ¡Torpe querella!
Semejante mujercilla
¿merece que haya en la villa
un lance serio por ella?
¿Hay ley que a los hombres mande
de una buscona al antojo,
por vengarse de un sonrojo
caer en otro más grande?
Y sobre ese vituperio...
Yo siento no ser más suave,
Conde; mas la herida es grave
y necesita cauterio.-
Y sobre hacer tal niñada
la hacía usted de tal modo,
que iba a arrastrar por el lodo
su fama nunca manchada.
- Conde.* ¡Es posible...!
- Luisa.* Sí, señor.
¿No es triste fatalidad
que sea la vanidad
más celosa que el honor?
- Conde.* ¡Cómo!...

- Luisa.* ¿A quién para testigo
de ese temerario duelo
elegía usted! ¡Oh cielo!...
¡A su mayor enemigo!
- Conde.* ¿Don Federico! ¡Oh sorpresa!
- Luisa.* Sí, le engaña a usted, le vende.
- Conde.* ¡El!
- Luisa.* Ya ha días que pretende
seducir la la Condesa.
- Conde.* ¡Traidor! En su sangre aleve...
- Luisa.* ¡Sí; y rueda el honor de Emilia
y el de una ilustre familia
por las lenguas de la plebe!
- Conde.* ¡Y ella!...
- Luisa.* Es inocente, sí;
pierde el tiempo quien la hostiga.
Yo respondo de mi amiga
como pudiera de mí.-
Y aquí para entre los dos,
con un marido tan loco,
en ser buena no hace poco
para el mundo y para Dios.
- Conde.* ¡Es verdad! No hice justicia
a su mérito; falté...
- Luisa.* ¡Y ahora se la hace usted
porque otro se la codicia!
¡He aquí lo que es el hombre!
- Conde.* ¡Oh Luisa!... Mas ¿sin castigo
quedará el infiel amigo...?
¡No por vida de mi nombre!
- Luisa.* Lo tendrá, y muy ejemplar
con ver, como no lo dudo,
más estrecho y firme el nudo
que esperaba desatar.

Conde. ¡Oh! sí, sí; con fe sincera
cifro ya en él mi ventura;
mas lo que ahora me apura
me aflige y me desespera...

Luisa. Lo sé.

Conde. ¡Cómo!

Luisa. Eso se palpa.
Es el tormento cruel
de hacer tan triste papel
con la nieta de Atahualpa.
¡Eso es terrible! No obstante...

Conde. He dado un paso...

Luisa. Lo sé.
Mientras le escribía a usted
declarándole cesante,
sin sospechar la tramoya,
usted en su gabinete
unía a un tierno billete
los primores de una joya.

Conde. Cierto.- Pero era un arcano,
y usted... Esto me sorprende
y me asombra. ¿Es usted duende,
o algún ángel sobrehumano...?

Luisa. No, no es tanto mi poder.
Soy una pobre mujer
que tiene cabal el seso.-
Y a usted le toca mejor
que a mí, que de nada valgo,
tener juicio; que por algo
le han nombrado senador.-
Ea pues, valor y calma;
que el asunto lo merece.-
Ni vendrá mal que usted rece
con todo el fervor de su alma...

Conde. ¡Luisa!

Luisa. A la Virgen María,
y saldrá usted del apuro
a puerto franco y seguro
con su ayuda y con la mía.
Por de pronto... he aquí el billete
pecador.

[*Saca uno cerrado y se lo entrega.*]

Nadie lo ha abierto.

Conde. ¡Gracias!- Mas ¿cómo...? No acierto...

Luisa. Oiga usted y no se inquiete.
He seducido a Guillén.

Conde. ¡A mi criado!

Luisa. Sí tal.

Como otros para hacer mal,
yo intrigo para hacer bien.-
Concédale usted perdón
porque ha obrado sin malicia.
No he tentado su avaricia,
sino su buen corazón.

Conde. ¡Oh mi lengua no le acusa.
Premio merece...

Luisa. Es verdad.

Conde. ¡Dichosa infidelidad
que tal bochorno me excusa!-
Pero falta... el alfiler...

Luisa. [*Tentándose.*]
¡Ay! ¿lo habré perdido?

[*Fingiéndolo llamar.*]

¡Pepa!...

No sé...

[*Aparece la Condesa, sin verla el Conde, por estar este
de espaldas.*]

Conde. ¿Quién?

Luisa. [Sonriéndose y llamándole la atención hacia la puerta.]

Emilia.

Conde. [Perfilándose.] ¡Mi mujer!

[La Condesa se acerca, vestida ya con más esmero. Lleva prendido el alfiler en cuestión.]

ESCENA XVIII.

LUISA. EL CONDE. LA CONDESA.

Condesa. ¡Fernando!

Conde. ¡Emilia! (Prendido lo lleva. ¿Qué diré ahora?)

Condesa. Las gracias te vengo a dar, a fuer de rendida esposa, por tu fineza.

Conde. No vale nada... (La vergüenza agolpa mi sangre al rostro.)

Condesa. Has tenido buen gusto; mas ni al aljófar, ni al oro, ni a los brillantes doy valor en tan preciosa alhaja, sino a la cifra con que de tu amor blasonas.

Conde. Si eso te dicta el cariño, replicar al mío toca que ahora es cuando a mis ojos tiene mérito la joya, pues con prendértela al pecho a ella y a mí nos honras.

Condesa. ¡Conde!...

Luisa. (Están en buen camino, y don Federico asoma...)

[Aparece en efecto por la izquierda del foro y paseando hacia la derecha del mismo. Luisa hace un movimiento para salirle al encuentro.]

Condesa. ¿Te vas?

Luisa. *[En voz baja.]* Ya no te hago falta.
Vuelvo. (Acabemos la obra.)

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA. D. FEDERICO.

[Los dos primeros, en el proscenio: los otros dos en el foro hablando en voz baja y mostrando en los ademanes que observan y comentan lo que hace y dice la otra pareja. A medida que progresa la escena se van acercando, pero sin llegar a salir de entre los árboles.]

Condesa. Grande cuanto inesperado
es mi gozo, sin lisonja,
pues tan galante se muestra
el dueño que el alma adora.

Conde. ¡Inesperado! ¿Por qué?

Condesa. Ayer mismo desdeñosa
tu frente...

Conde. Emilia, borremos
para siempre la memoria
de quejas y disensiones
cuya culpa es mía toda;
¡lo confieso!

Condesa. ¡Ah! no: también
he pecado yo de sobra
de orgullo... Tú me has amado
siempre: ¿verdad?

Conde. (Ella ignora
sin duda...) Sí, esposa mía.

Luisa. *[A D. Federico.]*
¿Se convence usted?

- Federico.* ¡Eh! fórmulas...
Se engañan el uno al otro.
- Conde.* ¿Qué más placer, qué más gloria
para mí que poseer
tu suave mano...
[*Se la toma y la besa.*]
- Luisa.* [A D. *Federico.*]
¿Y ahora?
- Federico.* ¡Pche!... (¡Me ahorcara!)
- Luisa.* Es de advertir
que creen estar a solas.
- Condesa.* ¡Ah! Tú me vuelves la vida.
- Conde.* Su paz el alma recobra.
- Condesa.* ¿Será tu labio sincero?
- Conde.* ¿Lo será tu linda boca?
- Luisa.* [A D. *Federico.*]
¡Bien! Oiga usted. Esto marcha.
- Condesa.* Renacer veo la aurora
de mi dicha, que creí
condenada a eterna sombra.
- Conde.* Hoy, - lo juro por tus ojos
hechiceros, prenda hermosa...
- Luisa.* [A *Federico.*]
¡Váyase usted!
- Conde.* Hoy te quiero
más que el día de la boda.
- Condesa.* ¡Oh Fernando!...
- Federico.* [A *Luisa.*] Otra le queda.
- Condesa.* ¡Ven a mis brazos!
[*Se abrazan.*]
- Luisa.* ¿Eh?
- Federico.* (¡Sopla!)
- Conde.* Mi paraíso está en ellos.

Luisa. ¿Qué tal? Y eso ¿es ceremonia?

Conde. Mas, ¡ah! no debo aceptar
la absolución que me otorgas
sin que antes en penitencia
mis graves pecados oigas.

Condesa. ¿Qué haces!

Conde. Postrarme a tus pies.

[*Lo hace.*]

Condesa. ¡No!

Federico. (¡Cielos!... ¿Y la criolla?)

[*Yéndose.*]

Basta.

Luisa. [*Deteniéndole por el brazo.*]

Otro ratito.

Conde. ¡Emilia!

Condesa. ¡Alza!

Luisa. La escena es sabrosa.

Conde. [*Levantándose.*]

Serás un ángel del Cielo,
Emilia, si me perdonas.
Yo te he sido infiel... ¿Qué digo!
He sido un necio, un idiota...

Federico. (¡Se espontanea!)

Conde. Pues dueño

de tal tesoro en la propia,
he buscado en casa ajena...

Condesa. No prosigas: sé la historia;

pero el arrepentimiento
mayores crímenes borra
si es sincero como el tuyo.

Yo, que al fin no soy de roca,
¿quién sabe si exacerbada
un día por la ponzoña

de los celos... ¡Basta! Sea
para los dos provechosa
esta lección.

Luisa. [A D. Federico.]

Para todos.

Federico. Sí, confieso mi derrota.

[Sale de la casa Carlota; se dirige triste y silenciosa hacia la
derecha del foro, y desaparece sin ser vista por los otros
interlocutores.]

Conde. Sí, y no volvamos atrás
la vista, y afuera locas
vanidades, y mujeres
cotizables en la bolsa...

Federico. [Con risa forzada.]
¡Calle!

Conde. Y pérfidos amigos...

Luisa. Verbigracia.

Federico. [Amoscado.]

Abur, señora.

[Desaparece por el foro y Luisa se incorpora a la Condesa
y el Conde.]

ESCENA XX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA.

Luisa. ¿Entro yo en la proscripción?

Conde. No, mujer sublime, heroica...

Condesa. ¡Mi ángel custodio!

Conde. ¡Mi numen
tutelar!

Luisa. ¡Yo! Me sonrojan
ustedes.

Condesa. ¡Luisa! Tu frente
es digna de una corona.

Luisa. ¡Tal anda el mundo, que ya
virtud sublime se nombra
a la práctica sencilla
de la máxima piadosa
que nos dice: ama a tu prójimo
como a tu propia persona!
Harto premio a mis afanes
es el gozo que rebosa
este corazón al ver
que al redil perdido tornan
dos ovejas descarriadas,
y el himno de la victoria
canta orgulloso una vez,
si tantas suspira y llora,
la perseguida hermandad
de que soy humilde socia.

Condesa. ¡Luisa!

Luisa. ¡Basta!- Un paseíto...
(Ahora a ti, pobre Carlota.)

[El Conde y la Condesa de bracero y muy complacidos, desaparecen por el arbolado de la izquierda, y Luisa entra en la casa: al mismo tiempo vuelve a aparecer por el foro Carlota, y se sienta triste y pensativa junto a la mesa rústica.]

ESCENA XXI.

CARLOTA.

¿Hay más infeliz mujer? -
¡Eusebio, Eusebio!... ¡Ay de mí!
¿Por qué te he vuelto yo a ver
si por siempre te perdí!

[Vuelve a su silencio contemplativo. Aparece en el foro D. Eusebio.]

ESCENA XXII.

D. EUSEBIO. CARLOTA.

Eusebio. (Vuelvo a mi cautividad...
¿Qué veo!)

[*Acercándose apresurado.*]

¡Carlota!

Carlota. [*Levantándose sobresaltada.*]

¡Oh Dios!

Huiré...

Eusebio. ¡Tente, por piedad!

Carlota. ¡No!

Eusebio. Estamos solos los dos.

Carlota. ¡Ah!

Eusebio. ¡Un instante! No pretendo
turbar, mi bien, tu quietud,
ni lazo alevoso tiendo
a tu honor, a tu virtud.
Sólo a pedirte perdón
vengo del error funesto
que es causa de tu aflicción.

[*El General que venía por el foro, se detiene oyendo
la conversación.*]

Carlota. Vete. Es inútil.

ESCENA XXIII.

CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL.

General. (¿Qué es esto?)

[*Queda oculto entre los árboles y observa con
ansiedad.*]

Eusebio. Si anoche en tu ramillete
pusieron mis manos...

- General.* (¡Ah!)
- Eusebio.* El amado brazalete
que en mejores tiempos...
- General.* (¡Ya!)
- Eusebio.* A tu cariño debí,
no lo atribuyas a un necio
despique, no. Para mí
no hay joya de tanto precio.
Era mi intento con él
excusarte una sorpresa,
¡y quiso el hado cruel...!
- Carlota.* No prosigas, vete; cesa.
Pues sabes que en el altar
otro mis votos oyó,
ni ya me debes hablar,
ni debo escucharte yo.
- Eusebio.* ¡Ay! cuando a inmensa ventura
nos llamaba mutua fe
nos separó mi locura:
¡te casaste; me casé!...
Santo deber nos separa;
mas si otra no nos bendijo,
¡oh! no deseches el ara
que en mi corazón te erijo.
- Luisa.* [A la puerta de la casa.]
(Al jardín... ¡Ah!)
- [Retrocede.]
- Eusebio.* Si fue grave
mi error, y no hay quien le excuse,
¡harto es mayor, Dios lo sabe,
el castigo que me impuse!
¡Aciaga boda! Y quizás
no menos tu alma detesta...
- General.* (¡Cielos!)

Eusebio. La que tú...

Carlota. ¡No más!

General. (Oigamos lo que contesta.)

Carlota. Respetar es mi deber,
sea cual fuere mi suerte,
al que mi dueño ha de ser
hasta su muerte o mi muerte.
A mi fe un día empeñada
en quien tan mal la guardó,
ni por nadie ni por nada
hubiera faltado yo;
y la que nunca traidora
a un amante hubiera sido
más obligada está ahora
a ser fiel a su marido;
que antes disculpa y remedio
hallara mi inconsecuencia,
y ahora están de por medio
Dios, mi honor y mi conciencia.

General. (¡Oh!)

Eusebio. Nada mi amor exige
contra esa virtud severa;
pero tu duelo me aflige
aún más que el mío, y quisiera...

Carlota. Eso me sucede a mí;
duelo hay en el alma mía,
duelo que no merecí
y apresura mi agonía;
mas no porque me arrepienta
de un lazo que es mi blasón;
no porque mi labio mienta;
que en él está el corazón;
ni aun por los injustos celos
de que me veo hostigada,
aunque bien saben los Cielos
que no se fundan en nada.

General. (¡Justo Dios!)

Carlota. Vierto este llanto
que enjugar no espero, no,
porque él, con serlo yo tanto,
es más infeliz que yo.

General. (¿Qué oigo!)

Carlota. El amor que le inspiro
causa su acerbo pesar,
y a verle dichoso aspiro,
¡y no lo puedo lograr!

Eusebio. ¿Le amas tú con la ternura
de que un día objeto fui...
¡Lloras!

General: (¡Calla! ¡Oh desventura!)

Carlota. ¡Basta! Aléjate de mí.

Eusebio. Tanto despego me oprime.

[Ábrese una de las ventanas altas, y por ella asoma
Micaela.]

Micaela. (Este Eusebio tarda ya...)

Eusebio. [Postrándose a los pies de Carlota.]

¡Oh! dime siquiera, dime
que no me aborreces.

Micaela. [Con un grito de sorpresa viendo lo que pasa en el
jardín, y retirándose de la ventana al momento.]

¡Ah!

[El General sale de entre los árboles, da algunos pasos y se para
cruzado de brazos. Luisa sale de la casa y se acerca con inquie-
tud a los otros interlocutores, que al pronto nada advierten.]

ESCENA XXIV

CARLOTA. D. ESUSEBIO. EL GENERAL. LUISA.

Carlota. [Con imperio.]

¡Alce usted!

Eusebio. ¿Ni eso merezco
en el dolor que me abisma?
¡Carlota!

Carlota. ¡Yo no aborrezco
a nadie, sino a mí misma!

General. ¿Por qué?

Carlota. ¡Oh Cielos!

Eusebio. [*Levantándose.*] ¡Él!

General. [*A Carlota, que iba a retirarse.*]
Espera.

Eusebio. No es culpable...

Luisa. (¿Qué va a hacer?)

Eusebio. La defenderé aunque muera.

General. ¿De quién? No ha menester.

Luisa. ¡General!...

General. Tranquilo estoy.

Luisa. Carlota...

General. Todo lo oí.
[*Llega corriendo y furiosa Micaela.*]

ESCENA XXV.

EL GENERAL. CARLOTA. D. ESUSEBIO. LUISA. MICAELA.

Micaela. ¡Monstruo! ¡Mírame! ¡Yo soy!

Luisa. (¡La otra!)

Micaela. ¡Asesinarme así!

Eusebio. ¡Yo soy el asesinado!

Micaela. ¡Traidor!... ¡Traidores los dos!...
¿No hay quien prenda a ese malvado?

Eusebio. ¡Oh!... Adiós para siempre, ¡adiós!

Luisa. [*Deteniéndole.*]
¡Quieto!

Micaela. Iré detrás...

Luisa. [*Con tono imperioso.*] ¡Oh!... ¡Quietos
todos!

Micaela. La ira me abrasa.
Luisa. Yo reclamo los respetos
que se deben a mi casa.-
Cuatro los consortes son
que aquí enzarzados reúno,
y todos tienen razón...
y no la tiene ninguno.
Y aunque imposible parezca,
¡tal las pasiones se agitan!,
que la paz se restablezca
de que todos necesitan,
yo haré quizás el prodigio
si maridos y mujeres
para fallar su litigio
me confían sus poderes.-
Todos callan. Buen agüero.-
Recto será el tribunal.-
Vamos por partes.- Primero
oigamos al General.

[Micaela y D. Eusebio se sientan a bastante distancia uno de otro, y ambos se muestran tristes y pensativos.]

General. Yo, de nadie me quejo
ni con nadie quiero riña.
Hice muy mal siendo viejo
en dar la mano a una niña.
Ciego, como la deidad
a quien di tardo tributo,
de aquella temeridad
ahora recojo el fruto;
¡y gracias que saco ileso
mi honor del torpe letargo!,
porque el fruto, lo confieso,
aún pudo ser más amargo.
Pero a Dios, que en la cohorte

fatal contarme no quiso,
plugo darme por consorte
un ángel del Paraíso:
mujer cuyo puro labio
con nobleza sin ejemplo
donde temía un agravio
acaba de alzarme un templo:
mujer ya sublime, ¡oh Cielos!
con sólo haber aguantado
mis impertinentes celos
y mi genio endemoniado;
mujer que víctima ha sido
del mal astro en que nació...,
y en fin digna de un marido
menos agreste que yo.

Carlota.
General.

¡Ah! Dios sabe que en mi pecho...
Perdona: pronto concluyo.
No está el deshacer lo hecho
ni en mi poder ni en el tuyo.
Mas no quiero que oprimida
por la vejez que me abruma
esa juventud florida
se marchite y se consuma.
Hoy me separo de ti...

Luisa.
General.

¿Qué escucho!
No por desvío
o temor... Es porque así
lo piden tu bien y el mío.
Sí; pues digno yo no soy
de poseer tal tesoro,
la postrer prueba te doy
de la fe con que te adoro.
Goza en libertad honesta
de tus juveniles años,
sin esta carga molesta

de achaques y desengaños;
y vive -lo quiero así-
holgada, si no opulenta:
sólo quede para mí
el décimo de mi renta;
y aún es mucho, que la gota
a ser sobrio me ha enseñado,
y a mí me basta, Carlota,
con la ración de un soldado.

Carlota.

¡Jamás!...

Micaela.

(¡Qué ejemplo!...)

Carlota.

No soy

tan infame...

Luisa.

¡General!...

Eusebio.

(¡Qué hombre! Avergonzado estoy
de haberle querido mal.)

Carlota.

A mí, que a labrar no acierto
la dicha del que elegí,
y sin él será un desierto
este mundo para mí,
a mí es a quien sólo toca
en un convento encerrada
poner término...

Luisa.

¿Estás loca?

Ni a él ni a ti. Pues ¡ahí es nada!
¡Separarse! ¿Y por qué? ¿Y cuándo
les ocurre ese proyecto?
Cuando pruebas se están dando
de su recíproco afecto.
¡Separarse dos esposos
que se estiman, se compensan,
y que hasta en ser generosos
acordes obran y piensan!...
¿Quién alteró vuestra paz?-
Cada cual su error confiese.-

Él porque era suspicaz;
tú por sufrir que lo fuese.
Un tercero entre los dos
se atraviesa...; mas le trajo
la providencia de Dios,
que echando por el atajo,
ilustrar quiso a la dama
con la prueba del crisol
que mostró pura su fama
como los rayos del sol.
Y él en hora tan propicia
pudo ver sin telescopio
que ni la hacía justicia
ni se la hacía a sí propio.
¿A qué pues esa partida
ridícula, absurda, infanda,
cuando todo les convida
a vivir como Dios manda?
Tú de sus blancos cabellos,
cariñosa como sueles,
te ufanarás, porque a ellos
ciñe gloriosos laureles:
usted, que ya no es celoso...

General.

¡No!

Luisa.

No querrá iracundo
ni atentar a su reposo
ni secuestrarla del mundo.

General.

¡Si ella me amase...! Yo oí
que.... otro se lo preguntó...

Luisa.

Bien.

General.

¡Y no dijo que sí!

Carlota.

¿Y acaso... dije que no?

Luisa.

Ya ve usted; ... lengua y semblante
distan de mostrar desdén;
mas ¿quién se confiesa amante

de quien no le trata bien?
General. Yo juro...
Carlota. Yo...
Luisa. ¡Qué pelmazos!
[*Al General mirando a Carlota.*]
Llanto de sus ojos brota...
[*A Carlota.*]
¿Para cuándo son los brazos?
Carlota. [*Echándose en los del General.*]
¡Esposo mío!
General. ¡Carlota!
Luisa. ¡Así, así! ¡Gracias a Dios!
Carlota. ¡Luisa!
[*La abraza.*]
General. [*Tomando afectuosamente su mano.*]
¡Incomparable amiga!...
Luisa. [*Mostrando el otro matrimonio.*]
¡No más!- Falta...
General. [*Comprendiendo.*] Ya.

[*Se retira con Carlota por la izquierda dándole el brazo y manifestando los dos sumo placer. D. Eusebio y Micaela se levantan.*]

ESCENA XXVI.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO.

Luisa. Y van dos.-
Ahora ustedes. ¡Qué fatiga!
A entrambos -nadie se enoje!-
si hemos de hablar en razón,
de medio a medio les coge
la antecedente lección;
y pues su mutuo interés
les aconseja...

Micaela. ¡Inhumano!
¡Vil! ¡Yo le he visto a los pies
de otra mujer!

Luisa. Pero en vano.
Un recuerdo...

Micaela. Inoportuno.

Luisa. Justo, natural.

Micaela. Cruel.

Luisa. ¿No quiso usted a ninguno
antes de quererle a él?

Micaela. ¡Oh funesto error!

Eusebio. ¿Y el mío?

Luisa. Pero...

Eusebio. ¡Ay necio!

Micaela. ¡Ay desdichada!

Luisa. ¿A qué ese pesar tardío
que ya no conduce a nada?
Que miren cómo y con quién
antes de casarse dos,
y si no les sale bien,
¿qué hacer? Llevarlo por Dios.-
Pero antes que otra locura
aún más grande los disperse,
con talento y con cordura
pueden llegar a entenderse;
que cuando enferma un consorcio
de achaques de desamor,
mal remedio es el divorcio,
y el escándalo ¡peor!
Aun los que de amor vehemente
cedieron a la influencia
necesitan un frecuente
toma y daca de indulgencia.
Que no se amen ni se mimen
si uno al otro no conviene;

mas siquiera ¡que se estimen
por la cuenta que les tiene!
y pues ya dobló sus cuellos
la coyunda, ¡pese al diablo!...
tengan presente ellas y ellos
la epístola de San Pablo.
Esto vale contra el duende
más que todos los conjuros,
y sólo así se comprende
aquello de los seguros.

Micaela.

Su palabra es eficaz...

Eusebio.

Porque en la razón se encierra.

Micaela.

Y yo deseo la paz.

Eusebio.

Y yo no quiero la guerra.

Luisa.

Pero *gratis et amore*
no se logrará el nivel...

[*A Micaela.*]

¿Qué exige usted?

Micaela.

Que me adore

como yo le adoro a él.

Luisa.

[*En voz baja a Micaela.*]

Por fuerza a nadie se adora;

y la fe no se cohecha;

y no hay que olvidar, señora,

lo que va de fecha a fecha.

Micaela.

(¡Ah!)

Luisa.

[*A D. Eusebio.*]

¿Usted...?

Eusebio.

Que dé a Barrabás

la musa, el plectro y el canto,

y me considere más,

y no me requiebre tanto!

Luisa.

[*Aparte a D. Eusebio.*]

La pobre no es maravilla

que de su triunfo haga alarde.

[*Aparte a Micaela.*]

La mujer que al hombre humilla
lo paga temprano o tarde.

[*Aparte a D. Eusebio.*]

Un poco de tolerancia.

[*Aparte a Micaela.*]

La poesía es gran cosa...

[*Aparte a D. Eusebio.*]

La vejez es otra infancia.

[*Aparte a Micaela.*]

Pero el matrimonio es prosa.

[*Aparte a D. Eusebio.*]

Haga usted en su provecho
de necesidad virtud.

[*Aparte a Micaela.*]

Lo que por amor no ha hecho
hágalo por gratitud.

Micaela. Siempre pensó mi ternura
nombrarle único heredero,
y hoy mismo haré la escritura...

Eusebio. No la admito, no la quiero.

Luisa. ¿Por qué? Lo hace de buen grado...

Eusebio. En vez de esa condición,
para vivir a su lado
pongo otra, *sine qua non*.

Micaela. ¿Cuál? (Tengo el alma en un hilo.)

Luisa. ¿Cuál?

Eusebio. Nada injusto reclamo,
Harto tiempo fui pupilo:
de hoy más, quiero ser el amo.

Luisa. ¡Oh! Sí; él debe ser cabeza...

Micaela. No hay miedo que yo lo impida.-
Además, así lo reza
la epístola consabida.

Luisa. Su decoro...

Micaela. En eso estoy.
Luisa. También lo exige.
Micaela. El de entrambos.-
Aún hay más: renuncio desde hoy
a idilios y ditirambos
Luisa. ¡Bravo!
Eusebio. (¡Ya no soy Mireno!)
Micaela. Dicte pues el tribunal
nuestra sentencia.
Luisa. Os condeno...
a un abrazo muy cordial.
[*Micaela corre a los brazos de D. Eusebio.*]
Micaela. ¡Ah! Con vida y alma.
Eusebio. Y yo.
Micaela. ¿Me amas?
Eusebio. Sí.
Micaela. ¡Oh gozo imprevisto!
Eusebio. (¡Cómo ha de ser! Más pasó
por nosotros Jesucristo.)
[*Aparecen por entre los árboles los otros dos
matrimonios.*]
Luisa. (¡Y van tres! No lo creyera.
Me abruma tanto trofeo.)
El almuerzo nos espera.
Eusebio. Vamos.
Micaela. ¡Gloria al Himeneo!

ESCENA XXVII.

LUISA. CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL. LA CONDESA.
EL CONDE.

General. ¡Gloria a Luisa!
Conde. ¡Viva!

Todos. ¡Viva!
Luisa. Esos vítores, no a mí,
queridos;
[*Mirando al cielo.*]
al que está arriba
se deben...
Condesa. ¡Y a ti!
Carlota. ¡Y a ti!

ESCENA ÚLTIMA.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO. CARLOTA. EL GENERAL.
LA CONDESA. EL CONDE. MARTÍN.

Luisa. ¿Qué hay?
Martín. El amo....
Luisa. ¡Mi marido!...
Martín. Llega ahora mismo.
Luisa. ¡Oh ventura!
Eusebio. No podría haber venido
en más feliz coyuntura.
Luisa. Y al triunfo de que me engrío
¿cupiera más dulce premio?-
Volemos.... ¡Gracias, Dios mío!...;
que yo también soy del gremio.

